



ALAR BENET

LA DAMA DEL EXPRESO





SS **SERVICIO SECRETO**



RENÉ
CLINTON

ESTRELLA
THIERS



ALAR. BENET

LA DAMA DEL EXPRESO

Colección **SERVICIO SECRETO** N.º 879

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B 4884-1967

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: abril 1967

© ALAR BENET - 1967
sobre la parte literaria

© ÁNGEL BADIA-1967
sobre la cubierta

© PEÑA-1967
sobre la ilustración interior

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.,
Mora la Nueva, 2 - Barcelona – 1967

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPITULO PRIMERO

La mujer aspiró voluptuosa el humo del cigarrillo emboquillado, mientras, distraída en apariencia, miraba en torno suyo. A través del cristal del departamento por el que pasaba vio a un hombre de unos treinta años y facciones enérgicas que leía un libro. ¿Por qué, estando solo, no corrió la cortinilla interior para ocultarse a la ajena observación?

En la plataforma del tren se repitió la misma pregunta, sin acertar a darse una respuesta. ¿Cuál era el misterio de aquel desconocido que rehuía el trato de los demás viajeros del expreso? ¿Por qué le irritaba su actitud?

El tren avanzaba por tierra belga, a la altura de Dinante, casi en la frontera. En breve, los gendarmes subirían al convoy para revisar los pasaportes de los pasajeros.

Las fértiles tierras de la meseta de las Ardenas mostraban un paisaje de hermoso colorido, predominando zonas de extensos viñedos y plantaciones de remolacha y lino. De trecho en trecho divisábanse hermosos ejemplares de la ganadería franco-belga, que contemplaban con estúpidos ojos al monstruo de hierro que caminaba en dirección a París.

Las pupilas de la mujer, protegidas por largas pestañas, estaban tristes. Nadie, al verla, diría que era una de las artistas más cotizadas del orbe. Llamábase Margarita Dupont.

Gretha, denominada así por sus íntimos, era de belleza deslumbrante, un tanto primitiva por su exotismo. Unas veces, por su distinción y elegancia, podía confundírsela con una gran dama; otras, por el contrario, con una aventurera de inquietante historia.

El escándalo acompañábale como la sombra al cuerpo. Ella se complacía en forjar fantásticas leyendas sobre su permanencia en Java con el que decía fue su esposo, muerto en trágicas circunstancias.

La imaginación popular, tan propensa a lo extraordinario, creaba en torno a la famosa bailarina disparatadas genealogías que ella no se molestaba en desmentir. Afirmábase que pertenecía a la más pura nobleza germana. En realidad, Gretha vio la primera luz en Lleeuwarden, gran mercado agrícola de Holanda, en la provincia de Frisia.

Aplastó el cigarrillo en uno de los cristales, concibiendo una arriesgada idea. Estaba furiosa contra el único que aparentaba ignorarla, no rindiéndola el tributo de galantería a que se hallaba acostumbrada.

Anduvo despacio por el pasillo y abrió la portezuela corredera del compartimiento del hombre, cerrando tras de sí. Él alzó la cabeza, asombrado de la intromisión, y la mujer se disculpó:

—Iba distraída y... Lo cierto es que me encuentro algo mareada.

Sus gruesos labios se dilataron levemente, en un gesto amable. La casualidad vino en su ayuda. El ferrocarril tomó una curva a gran velocidad, haciéndole tambalearse en uno de los asientos. A propio deseo,

la amplia falda dejó al descubierto unas bien torneadas piernas, que ella no se molestó en cubrir.

—Perdone. No quise molestarle.

—Nada de eso, señorita. Es un placer conversar con usted. Me llamo René Clinton.

—Yo, Margaretha, Gretha para mis amigos. ¿Francés, inglés?

—Un poco de todo. Nací en Amiens, de padres británicos, y me eduqué en la Universidad de Bristol. Recorro Europa buscando informaciones sensacionales. Soy periodista. Pensaba trabajar en el viaje, y a tal fin alquilé el departamento para mí solo. Sin embargo, no tengo ganas de escribir una línea. ¿Fuma?

—Sí, gracias.

Clinton tendió una pitillera de plata labrada conteniendo pitillos turcos. Ella tomó uno y, mirándole con sus ojos oscuros, comentó graciosamente:

—Dan ganas de convertirse en corresponsal. Se vive a lo millonario, sin depender de nadie.

—No lo crea. Determinados lujos me los proporciona mi fortuna personal. ¿No es cierto que tiene ganas de interrogarme?

La mujer, sorprendida en sus más secretos pensamientos, examinó asombrada a su interlocutor.

—Cierto. Me extraña que no me haya reconocido.

—¿Y por qué supone eso? ¿Acaso por no haberme acercado en el coche restaurante? —Gretha asintió con la cabeza—. Hay en mis venas una mezcla de dos sangres.

Como francés, me rinde la belleza; como inglés, soy cerebral. No quise formar parte de su corte de aduladores para no perder mi personalidad. Artista y mujer, es usted incomparable. Lo reconozco. No obstante, sé dominarme para afrontar un diálogo de igual a igual. Los hombres que cercan a las mujeres se colocan voluntariamente en un plano de inferioridad. Piden, en una palabra. Yo acostumbro a aceptar o a compartir.

—Muy agudo, señor Clinton. Aunque sea contra mis inclinaciones femeninas, reconozco su razón. Me molestan los que me asedian. Presumo que seremos grandes amigos.

—Tal sería mi deseo.

Ofreció lumbre a la bailarina. Fumaron en silencio. El rítmico sonido del tren adquirió mayor intensidad. Gretha inquirió:

—¿Qué es lo que sabe de mí?

—Lo que todos; ni más, ni menos.

—La contestación es muy ambigua.

—Quizá. No hablemos de eso. Pudiera resultar desagradable. Uno de mis defectos es la sinceridad.

—Coincidimos. No soy tan perversa como la gente afirma ni tan buena como debiera. Un producto de la época en que vivimos, un tanto desquiciada por pasiones políticas...

Unos golpes en la puerta les hicieron mirar en tal dirección. Un hombre de paisano y dos gendarmes entraron en el departamento.

—S'il vous plait, vos papiers¹.

René mostró lo que le pedían, y Margaretha dijo:

—No es éste mi reservado. Voy por la documentación.

—La acompañaremos, madeimoselle. No es preciso que se moleste en regresar.

Antes de salir, Gretha sonrió a Clinton.

—Adiós. Celebro haberle conocido.

—Yo también. Espero me conceda el honor de comer con usted.

—Con sumo gusto.

La intimidad de la charla había sido rota por las formalidades legales y las frases de René y la bailarina fueron vulgarmente corteses.

Ella extrajo su pasaporte de su bolso de mano y los franceses lo examinaron, devolviéndoselo.

Mientras revisaban los de sus camaradas de viaje, la mujer, con expresión aburrida, se acomodó en su asiento, observando displicente a los que le rodeaban: una señora de edad madura, a la que acompañaba una hija con aspecto de colegiala, y un hombre de unos cuarenta años, de rasgos acusados, que dormitó desde que abandonaron Bruselas.

Una vez que se hubieron marchado los gendarmes, Margaretha se abstrajo en sus pensamientos. ¿Quién era en realidad, René Clinton? ¿Acaso un miembro del Intelligence Service o del Deuxième Bureau?².

Consultó su reloj de pulsera. La una de la mañana. En breve les avisarían para comer.

Como siempre que se enfrentaba con una incógnita que pudiera constituir un peligro, Gretha evocó tiempos pasados.

Su soliloquio mental lo interrumpió la voz de un camarero anunciando un turno en el restaurante. Las tres mujeres que ocupaban el departamento lo abandonaron, dejando solo al hombre, que dormía de nuevo. Gretha, que se volvió para coger su fino pañuelo de encaje, le sorprendió despierto. Al verla, entornó los ojos, pero era tarde. Se previno.

El almuerzo, en compañía de René Clinton, careció en sí de importancia. A la bailarina no le interesaban los alimentos, sino el hombre.

Por vez primera en su vida experimentaba un extraño desasosiego. Las palabras del escritor, impresas de energía y originalidad, acariciaban sus oídos.

—Todos me envidian, Gretha. ¿No le importa que la llame así?

—No, René; continúe. Me interesan sus apreciaciones.

—Son tan sencillas, que al oírmelas no le sonarán a nuevas, pese a que nadie se atrevió a decírselas. Deseaba hablar con usted.

Ella, con ironía, repuso:

—No le creo. Pudo abordarme antes sin que la casualidad...

El la interrumpió:

—Por favor, no siga. ¿Me promete no enfadarse por lo que voy a decirle?

—Sí.

—No hubo error. Tengo experiencia para dejarme engañar. Desde que salimos de Bruselas me propuse ignorarla. Esperaba que usted se las ingeniara para abordarme. Sé que rechaza a los débiles y acepta a los audaces. No se levante. Se lo ruego.

Había tanta nobleza en los ojos de Clinton, que Gretha accedió, sentándose. El camarero fue a servirle un tercer plato, que ella rechazó:

—No, gracias. No tengo apetito. —Luego, volviéndose a René, explicó —: He de actuar en breve en el Folies Bergères y necesito conservar la línea. Supongo que irá a aplaudirme.

—Sí. ¿Es una despedida? ¿No nos veremos más durante el viaje?

—¡Quién sabe! Voy a estudiar unas danzas indias con las que haré mi presentación. Antes de interpretar ningún baile acostumbro a apoderarme de su espíritu. En eso consiste el éxito. En vivir las propias creaciones.

—¡Magnífico, Gretha! Yo, por el contrario, soy un glotón empedernido. Permítame que dé fin a las viandas para acompañarla a su departamento. Esa mujer que nos mira, ¿quién es?

—Una de mis compañeras de viaje. No debo gustarle. Oí que reñía a su hija, prohibiéndole hablarme.

—¿No le ofende?

—No, René. Si conociera a su esposo se lo arrebataría, para demostrarle que sus temores eran ciertos. No me insulta el que quiere, sino aquel a quien yo se lo permito, otorgándole categoría para hacerlo.

—¿Es una alusión?

—Tal vez, René.

Hubo unos minutos de silencio, rotos por la voz de Clinton:

—Estoy a sus órdenes, Gretha. Somos los primeros en terminar. ¿Vamos? El mozo me llevará la cuenta.

Salieron del vagón y caminaron por el pasillo. El, cogiéndola por un brazo, preguntó:

—¿De veras no se ha enfadado? No debí decírselo.

—No se preocupe. Para que vea que no le guardo rencor, le invito a una copa de sakí³. Me lo envían desde Tokio.

—Acepto encantado, aunque quizá lo tomáramos más tranquilamente en mi reservado.

—Bien. Entraré por la bebida. Me irritan los comentarios de la gente ñoña, que confunde la vida con una escuela de moral.

Apenas hubo abierto la puerta, lanzó un grito de espanto, que sofocó con sus manos, retrocediendo. Clinton se acercó a ella:

—¿Qué ocurre? —inquirió.

—¡Le han asesinado!

René penetró en el departamento, comprobando que un hombre yacía

muerto con un puñal clavado en el pecho. Su reacción sorprendió a la bailarina.

—¡Avíseme si viene alguien!

Gretha obedeció, procurando dominar el pavor que la dominaba. Aunque valiente, la sorpresa había alterado su sistema nervioso. Tardó unos minutos en recobrase.

A través del cristal de la puerta corredera vio que Clinton registraba los bolsillos del cadáver, desvalijándolo. Una vez que hubo realizado tal operación, bajando la ventanilla, cogió al asesinado por la cintura, descolgándole al exterior, no sin comprobar que los viajeros del expreso, ocupados en la comida, no observaban el paisaje. Tiró el cuerpo, volviéndose a la danzarina:

—Venga a mi reservado. Por fortuna, la ropa empapó la sangre. Es necesario que la mujer que nos miraba en el restaurante nos vea bebiendo saki. Hay que evitar que sospeche de usted.

Gretha, apoderándose de un frasco, obedeció.

Una vez en el lugar indicado por el escritor, René cogiendo la botella, comentó:

—No trajo vasos. Pediré dos copas.

—¡No se vaya! ¿No piensa que pueden hacer una Investigación a fondo, incluso registrarnos, y que lleva encima objetos que no le pertenecen?

—Tardarán en echar de menos a ese hombre. Quizá lleguen a suponer que se apeó en cualquier estación intermedia, perdiendo el tren.

—¿Por qué lo hizo?

—¿El qué? Yo no pude matarle, ni usted tampoco. Los dos lo sabemos. Ríase fuerte, por favor.

Gretha lanzó una sonora carcajada, mientras el corresponsal decapaba el frasco de saki.

—Ya pasaron sus compañeros de viaje. ¡Si viera la cara que puso la señora!

Clinton sonrió, y, corriendo la cortina, se dispuso a registrar la cartera del asesinado.

—¿Cómo se llamaba? —inquirió la mujer—. Desde que subió al tren no hizo sino vigilarme. Pretendía hacerme creer que dormitaba.

René desdobló unos papeles.

—Kurt Scharch, alemán. ¿Qué le ocurre? ¿Le conocía?

La mujer, sobreponiéndose en un gran esfuerzo de voluntad, negó, aunque sin firmeza.

—No. ¿Qué más lleva en la cartera?

—Unos miles de marcos y algunas tarjetas. Debía ser un sujeto peligroso.

—¿Por qué?

Clinton mostró un revólver americano.

—Se lo saqué de uno de los bolsillos del pantalón. ¿Quiere saber de veras la causa por la que evité el descubrimiento del cadáver? En la próxima parada hubiesen subido los gendarmes y quién sabe si nos habrían impedido continuar el viaje. La policía fronteriza goza de excesivas atribuciones. Me urge llegar a París.

Los ojos, algo oblicuos, de Gretha se clavaron en los del hombre.

—¿Quién es usted?

—Ya lo sabe. ¿Puedo ir por las copas? Deseo brindar con la enigmática dama del expreso, la más encantadora criatura. ¿Me permitirá besarla? Comprendo que por gustar unos labios como los suyos los hombres arruinen vida y fortuna.

Con una inclinación de perfecto gentleman salió al pasillo en el momento en que uno de los mozos del restaurante le llevaba la cuenta en una bandeja.

—Tráigame dos vasos de licor.

Se reunió de nuevo con la danzarina, ofreciéndole un cigarrillo.

—Gracias —aceptó ella—. Es usted desconcertante.

—Me limito a ponerme a su altura. Al emprender el viaje no imaginaba que me concediera su amistad. ¿Conoce París?

—No hay ciudad del mundo que no haya visitado. ¿No me cree?

—Sí. Nada me autoriza a dudar de sus palabras.

La miró intensamente. La mujer, halagada y coqueta, se recostó en el asiento, enlazando sus manos detrás de su nuca. Su cuerpo se arqueó levemente, cual si soñara una danza, y su tersa garganta se ofreció tentadora.

El camarero entró, llevándoles lo pedido, que depositó en el tablero plegable que, adosado en una de las paredes, servía de mesa, y abandonó el reservado.

—Bebamos saki, Gretha. No, no se mueva. Permítame que sea yo el que acerque la copa a sus labios. ¡Nunca pensé que hubiera en el mundo un rostro tan interesante!

Llenó uno de los vasos y, sentándose junto a la danzarina, se dispuso a hacer lo que indicará. Ella, con una sonrisa irónica, cambió de postura.

—Me dolían las articulaciones —se disculpó—. Brindemos por la vida. Usted y yo somos dos aventureros.

Apuraron el contenido de los vasos. Gretha se levantó:

—He de abandonarle. Se está usted volviendo peligroso.

René se acercó más a su interlocutora.

—Sus ojos son oscuros como una noche sin estrellas y tienen la profundidad de un abismo. Tan indescifrables me parecen, que ahora no sé si se burlan o gozan. Sacerdotisa de la danza y del amor...

Unió sus labios a los de la mujer, que se estremeció.

Desasiéndose, abandonó el departamento, dejando tras sí la estela de un enervante perfume.

René Clinton la vio alejarse, y en su semblante se dibujó un signo de preocupación...

CAPITULO II

El público que llenaba el Folies Bergére, el más famoso music-hall de París, contemplaba absorto la magistral interpretación de una danza india, en la que Margaretha Dupont, ataviada con un traje largo hasta los pies y un vaporoso velo, parecía flotar en el aire. La orquesta interpretaba música oriental, y las notas semejaban lamentos.

La ovación fue prolongada, entusiasta.

En una de las mesas, René Clinton bebió champaña. Iba a levantarse para dirigirse al camerino de la artista, cuando una mujer de unos veinticinco años, de rostro bello e ingenuo, se acercó al hombre, que, sorprendido, dijo:

—¡Tú aquí, Estrella!

—Sí. Sabía dónde encontrarte. Esa, cualquiera te ha trastornado el juicio.

—No disparates, querida. Me intriga su personalidad. Tus celos son infundados. ¿Por qué viniste? Siéntate. Estás preciosa. Pensé pedirte que me acompañares, pero no me atreví. A tus padres podría parecerles mal. Toma una copa conmigo.

Con el gesto y la palabra, ella rechazó el espumoso vino.

—No. Tuve un sueño espantoso. Te vi ensangrentado entre una nube de polvo. Me desperté enloquecida, vistiéndome. Toda la tarde me estuviste hablando de Gretha. Tenía la certeza de encontrarte aquí. Mis padres no me sintieron salir por la puerta de servicio. No me equivoqué en mis suposiciones.

Había dolor en las palabras de la muchacha, que, afligida, inclinó la cabeza. El, cogiéndole una mano, dijo:

—No seas chiquilla. Te quiero a ti sola.

—Tú eres un hombre de mundo. Piénsalo antes de que sea irremediable. Tal vez no debas unirme a mí, sino a una mujer como a la que aplaudías con tanto entusiasmo. Quizá mi defecto estribé en quererte demasiado.

Clinton encendió un cigarrillo, sin responder a los reproches de su prometida. Habló:

—He de explicarte algunas cosas. Salgamos. Iremos andando hasta tu casa. Hay un secreto en mi vida que quiero que conozcas, un terrible secreto.

Tanta gravedad puso René en el tono de su voz, que la muchacha le miró estremecida.

—No sé a qué te refieres.

—No tardarás en comprenderlo. Si no te importa presenciaremos la última actuación de la bailarina. En Francia, y en el mundo, por encima de las a cada minuto más terribles noticias políticas, se habla de ella. Aunque

ignoro su edad, supongo que ha entrado ya en la madurez de su vida. No es de las mujeres con las que un hombre ambicionaría casarse.

La danzarina apareció en el escenario, recibiendo el homenaje de los aplausos. Vestía un traje de noche, semejante a una túnica, de ancho vuelo desde la cintura para abajo. Era azul, adornado con lentejuelas doradas, que brillaban a la luz de los focos. En los brazos, desnudos, llevaba brazaletes multicolores. El pelo le caía por la espalda, y un collar de corales, que contrastaba con lo moreno de la piel, oscurecida a propio intento, rodeaba su garganta. Hubo un profundo silencio, y los dulces acordes de una antigua música javanesa llenaron el aire. La danzarina alzó lentamente las manos, e inmóvil, hierática, permaneció unos segundos. Luego se movió despacio, arqueándose, para degenerar en un movimiento vertiginoso. Los pies y la cabeza de Gretha estaban quietos, cual si ignoraran las convulsiones del resto del cuerpo. El espectáculo era primitivo, brutal...

Estrella, asqueada, suplicó a Clinton:

—Sácame de aquí.

Él no la oyó, sugestionado. Fue preciso que su novia, con lágrimas en los ojos, repitiera su petición para que accediese.

Ya en la rué Richer, a través de la de Geoffroy, en pleno Montmartre, alcanzaron Richelieu. Caminaron en silencio hasta cruzar la del 4 de septiembre, en las inmediaciones de la Biblioteca Nacional. Estrella habló:

—Hace una noche espléndida.

—Mejor dirás una madrugada —corrigió Clinton—. Si Dios no lo remedia, uno de estos amaneceres será de luto para el mundo.

—No te entiendo. ¿Quieres explicarte mejor?

—Sí. Forma parte del secreto de mi vida. Debí contártelo antes, pero mis superiores no me autorizaron. Hoy sí puedo hacerlo, porque la catástrofe es irremediable.

La pausa fue larga. Frente al Palais Royal, René se detuvo.

—Desde hace cuatro años pertenezco al Servicio de Espionaje francés. A partir del día en que presté juramento de fidelidad al Deuxième Bureau, mi existencia no me pertenece. ¿Eres tan valiente como para compartir conmigo toda clase de peligros? Si el conflicto estalla, habremos de trasladarnos a cualquier país enemigo. Si nos descubren, nos fusilarán.

La temperatura, cálida, presagiaba una mañana calurosa. Las estrellas aún lucían en el firmamento.

—No me importa morir a tu lado, René.

El pasó su brazo derecho por la cintura de la muchacha, y, estrechamente enlazados, siguieron caminando.

—Me horrorizaba la miseria —comenzó— y acepté lo que me propusieron. Aún no te conocía. Los primeros meses disfruté en un clima aventurero, en Berlín. A mi regreso, con informes importantes, te encontré. ¿Lo recuerdas? Tú salías de Notre Dame y yo estaba mirando el Sena desde el puente de San Luis. Parece que fue ayer. Ya se hablaba de guerra, pero

no me preocupaba. Las amenazas de Hitler parecían que no iban a cumplirse.

Clinton calló, tal vez para ordenar mejor sus ideas.

—Nunca debí decirte que te amaba, pero fui cobarde, Mi cariño era superior a mi razón. Disfruté de un largo permiso, que truncó la orden de incorporarme a la Oficina Secreta de Bruselas, de donde vine hace tres días. Mis jefes me obligaron a renovar mi promesa de lealtad. Ahora más que nunca necesitarán de agentes especiales. Esta tarde, después de dejarte para ir a cenar, telefoneé a uno de mis jefes, quien me dijo una sola frase: «Se acerca el momento.» La boda se celebrará dentro de un mes.

—Un mes y dos días —corrigió ella.

—Para entonces, la guerra habrá estallado.

—Pero..., jeso es terrible, René!

—Es el caos. La civilización desaparecerá vencida por la barbarie. El nazismo es peor que una maldición.

Las palabras de Clinton iban a resultar proféticas en un próximo futuro.

Los enamorados caminaban por la rué Saint Honore, con la ideal, de alcanzar el jardín de las Tullerías.

El largo paseo había durado una hora. Acomodados en uno de los bancos, René continuó:

—Debes decidirlo, Estrella. Hasta tu nombre es evocador. Guiarás mi vida en la felicidad o en la desgracia, Eres libre. A mi lado encontrarás amor, pero quizá también inseguridad, y quién sabe si muerte. Junto a tus padres seguirás disfrutando de paz.

La muchacha miró a su prometido con los ojos llenos de lágrimas. Le amaba.

—Iré contigo y mi mayor dicha será compartir tu destino.

Clinton alzó a la joven por los hombros y, rodeando el femenino talle con sus brazos, fue a besarla. El recuerdo de Gretha le hizo separarse. Aquel gesto le salvó la vida. De haberse entregado a la caricia no habría visto al individuo que surgía a su izquierda y que, sin duda, escuchó el diálogo, oculto detrás de unos altos setos. En su mano brillaba un acero.

Estrella, con los ojos entornados, aguardaba sentir en sus labios el fuego de los de René. No pudo contener un grito al sentirse empujada violentamente. Estuvo a punto de caer, pero consiguió mantener el equilibrio. Observé, con espanto, que Clinton luchaba en silencio contra un desconocido, esforzándose en evitar que un puñal se clavara en su garganta.

—¡Cobarde! —exclamó el agente del Deuxième Bureau—. Sólo los reptiles atacan a traición.

Sus dedos, engaritados en torno a la muñeca, giraron lentamente, en un alarde de fortaleza física. Para su enemigo, el dolor comenzaba a ser intolerable.

—¡Suelta el cuchillo! ¡Suéltale, te digo!

Como su antagonista no obedeciera, desvió el acero y, de un empuellón,

al tiempo que sonaba el crujido escalofriante de un hueso al romperse, clavó el puñal hasta la empuñadura en el pecho de su agresor, que, abriendo los brazos, se desplomó.

René le contempló en silencio. ¿Por qué había intentado matarle? ¿Guardaba relación aquel hecho con el asesinato del expreso?

Sintió un sollozo a su espalda. Su prometida se cubría el rostro con ambas manos. Antes de acercarse a ella buscó en los bolsillos del cadáver, sin hallar ningún documento que acreditase su personalidad. Decepcionado, se aproximó a su novia.

—Huyamos. No me agradaría tener que dar explicaciones a los gendarmes.

Cogió a Estrella por el brazo y la condujo a la plaza de la Concordia, para, atravesando el puente del mismo nombre, llegar al bulevar de Saint Germain.

—Me alegro de lo ocurrido. No son hechos frecuentes en la vida de los que militamos en los servicios secretos, pero así podrás decidir con pleno conocimiento de causa. Restan unos minutos para separarnos. De ti depende que sea o no para siempre.

Ella, alzando los ojos con valentía, rogó:

—Vuelve mañana.

Se abrazaron, y esta vez Clinton no recordó a Margaretha Dupont.

Acompañó a su novia a la casa en que habitaba, frente a la Facultad de Medicina, y, prometiendo ir a verla al día siguiente a primeras horas de la tarde, tomó el bulevar Raspail, doblando por la rué de Sevres. Una idea le acariciaba los sentidos, e incapaz de dominarse, apretó el paso. En Montparnasse halló un «taxi» del servicio nocturno.

—Lléveme al número once de la calle Windsov.

—¿A Villa Remy?

—Sí. ¿Conoce el sitio?

—¡Quién le ignora en París! Allí vive la mujer más hermosa de la tierra.

El vehículo arrancó. René, sorprendido del entusiasmo del chofer, inquirió:

—¿Se refiere a Gretha Dupont?

—Sí.

—¿La ha visto?

—Varias veces. Hoy la he esperado a la puerta del Folies Bergère con la idea de trasladarla a su casa. No pensé que sobraban caballeros con coches propios.

El agente del Deuxième Bureau se recostó en el asiento posterior. ¡La fascinación de la singular bailarina alcanzaba a todas las categorías sociales!

Con un suspiro, pensó en los últimos acontecimientos que turbaron su vida. La muerte de Kurt Scharch, de la que nada había dicho la prensa; el

beso de Gretha y el atentado del que milagrosamente se salvó.

Minutos más tarde se hallaba ante el domicilio de la Dupont. Pulsó un timbre y, a poco, un sirviente atravesaba el amplio jardín.

—¿Qué desea?

—Dele mi tarjeta a la señora. Somos viejos conocidos. —Entre, señor.

Siguiendo al fámulo, alcanzó el vestíbulo, adornado con exquisito gusto. El criado pasó al interior de la casa, dejándole solo. Instintivamente, Clinton llevó la mano al bolsillo en el que llevaba su revólver. Notaba una extraña sensación de inseguridad.

—Sígame.

El sirviente se apartó, franqueando una puerta que Clinton traspuso. Tratábase de una amplia sala lujosamente amueblada. En una gran mesa había dulces y botellas. Varios caballeros rodeaban a la danzarina.

Avanzó unos pasos. Ella estaba reclinada en un diván con una copa de champaña en alto. Reía a carcajadas, gozosa de la admiración de que era objeto. Se reprochó haber ido. Quizá le considerase uno más en su cortejo de aduladores.

Gretha, al verle, se incorporó, gozosa.

—No le esperaba. Le creí bien acompañado. ¿Quiero beber de mi copa?

—Con sumo gusto. Me remordía la conciencia retirarme al hotel sin felicitarle por su actuación.

—Gracias, René —miró a los que le rodeaban—. Es un viejo amigo. Estoy fatigada. ¿No se enojarían si les despidiera hasta mañana en el «Folies»? He de dar unos encargos de familia a este señor, que parte para Bruselas.

Hubo cariñosas protestas y frases galantes, y un cuarto de hora después Gretha y Clinton estaban solos.

—Yo también la dejo. Debe descansar. Celebro haberle servido para librarle de tanto inoportuno.

—Me agradan. Es mi revancha. Hace años París me recibió con hostilidad. Entonces no venía rodeada de la reputación de ahora. Los mismos que me despreciaron suplicaron hoy una sonrisa. Dentro de dos días iré a La Haya para desde allí dirigirme a Berlín. ¿No le importa charlar conmigo un rato? ¿Es cierto lo que antes afirmó? ¿Le impresionaron mis bailes?

—Mucho.

—Y sólo por verme abandonó a su linda compañera? ¿Quién es?

—Mi prometida. Voy a casarme con ella dentro de un mes.

Gretha llenó dos copas en silencio. El líquido, al caer en el cristal, produjo un leve y metálico tintineo.

—Brindemos por su felicidad, René.

—A usted se la deberé.

—No le entiendo.

Midiendo el efecto que iban a producir en Gretha sus palabras, Clinton

aclaró:

—Su recuerdo impidió que me apuñalaran en el Jardín de las Tullerías. La mujer puso la botella sobre la mesa sin que su pulso se alterara.

—¿Quiere explicarse mejor? Nada tengo que ver en sus asuntos personales.

Fingiendo complacerse en el recuerdo y omitiendo su personalidad de agente del Servicio Secreto francés, René explicó lo ocurrido.

—A no ser por su beso, hubiese muerto.

Si esperaba una reacción vanidosa por parte de su interlocutora se equivocó.

—No es muy grato ser recordada en tales momentos —repuso con aspereza—. Ignoraba que estuviese comprometido. Lo de la boda lo creí una broma. ¿Viniste a decírmelo?

Un ramalazo de orgullo recorrió al hombre. ¡Ella le tuteaba, mostrándose celosa!

—¿Qué te sucede, Gretha?

No obtuvo réplica. Pensativa, se sentó en una de las sillas, bebiendo el champaña a pequeños sorbos. Una nube de tristeza le cubrió el rostro.

—Dame un cigarrillo, Rene.

El accedió, ofreciéndole lumbre. Fumaron en silencio Clinton se puso en guardia. ¿No sería una treta para, interesándole, separarle para siempre de Estrella? La interrogó:

—¿Por qué tan melancólica?

—Me duele perder a mi único amigo.

Se incorporó, esforzándose en sonreír. René, conmovido, dijo:

—¿Tan mal se comportó contigo la sociedad? ¿No hay nadie capaz de hacerte amar la vida?

—A la vida se la ama por sí misma. No supe ser feliz.

Conmovido, Clinton puso una mano en el hombro de la danzarina, que no vacilaba en ofrecerle su alma al desnudo.

—Aún es tiempo para rectificar, Gretha.

—Lo dudo. Adiós, René. Compadéceme. Si mi cuerpo está prostituido y mi alma sucia por las pasional, todavía conservo un resquicio de bondad que nadie conoce.

—Permíteme esperar a tu lado a que amanezca.

—No. Es mejor que nos separemos sin que nada enturbie nuestra amistad.

Tendió su mano a Clinton.

—¿Ni un beso siquiera?

—No. Tu esposa te los dará más puros que los míos.

Ella inclinó la cabeza. No vio marchar al hombre al que conociera en el expreso Bruselas-París.

Durante largo rato permaneció sumida en hondas meditaciones. Al fin se levantó y no pudo contener un suspiro al apoyar su frente contra el

cristal de la ventana que daba al jardín.

Una angustiosa sensación de soledad oprimió el corazón de la mujer más mimada de Europa.

CAPITULO III

La multitud, enardecida, caminaba por Avenue des Champs Elysées, portando banderas nacionales. Los himnos patrióticos se mezclaban con los vivas a Francia. El heroísmo y la fe en el triunfo hacían de cada ciudadano un soldado.

Los hombres abrazábanse en plena calle, y jóvenes y viejos llenaban las oficinas de reclutamiento ofreciéndose voluntarios para aplastar el poderío alemán.

Las mujeres lloraban. Comprendían que aquel optimismo representaba, más que canto de victoria de sangre y de lágrimas.

Las gargantas enronquecían. ¡La guerra!

Los oficiales eran llevados en hombros por la muchedumbre. El uniforme significaba un timbre de nobleza. Todos ambicionaban partir para el frente de batalla, a morir por la patria.

Los alemanes se habían lanzado a la ofensiva en una guerra temible y devastadora.

Se odiaba a los nazis. Y también se les temía.

Los regimientos de guarnición en París desfilaban recibiendo el homenaje popular. Las muchachas besaban a los combatientes. Sólo las madres y las esposas esforzábanse en sonreír, mientras sus ojos brillaban, humedecidos. ¡Llorar era una cobardía!

¡La guerra!

Desde uno de los balcones de su casa del boulevard de Saint Germain, una joven pugnaba por contener las lágrimas. A sus pies, a incorporarse a la gran manifestación de la avenida de los Campos Elíseos, pasaban cientos de hombres. Las banderas tremolaban en el viento y el sol parecía calentar más una tierra que iba a convertirse en un inmenso cementerio.

—¿Qué tienes, Estrella? Sal a la calle, a animar a los que van a la muerte. Es un momento histórico. Acompáñame. Voy a ofrecerme a mis jefes.

—¡No, papá! Tu corazón no resistirá. El médico te prohibió las emociones.

—No importa.

Adolfo Thiers, de unos cincuenta y cinco años de edad, irguió el busto.

—Aún servirá para algo, hija. Aunque no sea más que para morir.

Salieron a la calle, mezclándose con los grupos vociferantes. Thiers sentía que una oleada de sangre joven llenaba sus venas, infundiéndole un nuevo vigor.

Estrella caminaba con el recuerdo puesto en René Clinton. Para ella lo que le rodeaba era odioso. Un pensamiento, obsesionándola, amenazaba enloquecerla. ¡Tal vez la boda no llegara a realizarse!

Al cruzar el Sena por el puente de Solferino, las gabarras hallábanse

vacías.

Cual si soñara, oyó la voz de su padre:

—A sus órdenes, mi coronel. Se presenta el comandante retirado Adolfo Thiers. Deseo prestar servicio. Mi hija será enfermera.

La muchacha reaccionó, alzando la cabeza. Ella iba a casarse. No formuló su protesta. Muchos hombres la sonreían.

—Recibirán, órdenes. Pueden retirarse.

De nuevo en la calle se dejaron llevar por las oleadas de patriotas.

Por vez primera Estrella se sintió conmovida. Cinco batallones marchaban al frente. Se hablaba de la guerra relámpago, de las divisiones motorizadas de Hitler, de la crueldad de la Gestapo.

Andenes repletos de soldados y familiares... Hervidero de besos, despedidas y vítores. De pronto, el silencio. Los militares saludaban. La banda de música interpretaba el himno nacional. Las lágrimas cubrían las mejillas...

* * *

—Esto han traído para usted, señorita Estrella.

Con mano temblorosa, la joven abrió la carta. Hubo de apoyarse en una butaca para no caer.

«Salgo de París. Te escribiré. Te ama siempre, René.»

La muchacha experimentó un brusco choque, como si hubiese recibido un mazazo en la nuca. Los objetos se oscurecieron ante ella...

Al recobrara el sentido, sus padres la sonreían. El militar exclamó:

—Has de ser fuerte, hija. Dentro de dos horas tienes que presentarte en la dirección de Sanidad del ejercito... él volverá.

Como una autómatas, Estrella, ansiosa de aire puro, se asomó al balcón. Continuaban los vítores y canciones. Los franceses gozaban sintiéndose héroes...

* * *

Mientras tanto, en Berlín, desde un restaurante de la plaza Postdam, un hombre de uniforme presenciaba el paso de miles de alemanes. Le acompañaba una hermosa mujer.

—El triunfo es nuestro, Gretha. ¡Somos invencibles! ¿En que piensas?

—En las aguas de los ríos que bañan a la vez Alemania y Francia. Para ellos no existe la guerra...

En la mirada del militar brillo una luz acerada.

—¿Pacifista?

—No, Warner. Razonable. Por favor, no hablemos de eso. Puede decirse que es nuestra última entrevista. Tú partes para el frente. Que la suerte te acompañe.

La danzarina se incorporó.

—¿Ya te marchas?

—Sí. He de ensayar.

—Espera. Quiero que brindemos por algo tan sagrado como la patria.

Alzaron las copas. Las manifestaciones continuaban atronando la ciudad. La barbarie iba a asolar el mundo.

Marguerithe Dupont, pese a su condición de mujer fría, cerebral, notaba que algo extraño aprisionaba su garganta. ¿Cuántos de aquellos mocetones no regresarían jamás a sus hogares? Miro a su compañero que, en pie, erguido, contemplaba con fiereza a los que ya eran soldados.

—Somos la mejor raza del mundo.

—Lo mismo dirán los franceses. Es un pueblo valeroso. No despreciéis a vuestros enemigos.

Werner, hasta aquel momento uno de los altos jefes de la SS, capitán de una unidad de asalto, contemplo con curiosidad a la que hablaba.

—No te entiendo. Si nuestras mujeres te oyese te escupirían a la cara.

—No lo creas. Las madres y las esposas llorarán la ausencia de sus seres queridos y pedirán al cielo por la vida de los que aman.

El desprecio del alemán se manifestó.

—Cualquiera diría que tienes corazón. No me engañas. Celebro que la guerra nos separe. Llevo en mi cartera veinticinco mil marcos para dárte los.

Saco unos billetes, entregándoselos a la mujer, sin manifestar enojo, los tomó.

—Eres muy generoso, Werner. ¿Tienes un pitillo?

El germano, desconcertado, le dio lo que pedía. Gretha, sin perder su inexpresiva sonrisa, lo tomó. Prendió fuego al papel moneda en la llama del mechero, encendiendo el cigarro. Werner crispó los puños.

—Muy orgullosa.

—Digna en mi voluntad. No acepto pagos, sino obsequios.

No eres un caballero.

Salió. Sin saber por qué su imaginación voló a Francia, a René Clinton.

Anduvo despacio por la calle de Leipzig, alcanzando el Zura Wilden Mann, hotel en el que residía.

Apenas entró en su cuarto, alguien, escondido detrás de la puerta, la tapó la boca, impidiéndole gritar. Intentó resistirse, pero fue en vano. Unos dedos la oprimieron la garganta, haciéndole perder el sentido. Al recobrarlo se halló tendida en un diván. En la mesita de centro había un vaso de coñac y una nota, que se apresuró a leer.

«No vaya a París hasta que termine la guerra Morirá si lo hace. Un amigo.»

La alcoba estaba revuelta. El misterioso visitante realizó un concienzudo registro. El colchón aparecía rajado, los cajones abiertos y las ropas desperdigadas. Comprendió lo ocurrido. El desconocido no quiso hacerle daño, sino evitar que sembrara la alarma, contribuyendo a su

detención.

«No vaya a París». ¿Por qué? Werner también se insinuó en tal sentido. Ella no deseaba más que continua, su carrera artística.

Decidió apresurar su viaje a Holanda. Algo muy íntimo le gritaba que era vigilada.

Las cuatro paredes de su cuarto la angustiaban. Al gerente del Zum Wilden Mann no le había sido posible facilitarle un departamento más amplio. En Berlín hallabanse congregados los jefes militares y políticos de las provincias alemanas para resolver la movilización y el abastecimiento, y los hoteles estaban repletos.

Caminó por la ciudad. En Unter den Linden se vio obligada a detenerse para no ser atropellada por las masas hitlerianas que, ebrias de heroísmo, vociferaban hasta enronquecen. Una mujer la cogió del brazo, arrastrándola a un portal.

—Aguarde a que pasen. Son unos bárbaros.

Gretha hablaba correctamente el alemán. Miró a su interlocutora.

—Acostumbro a que los hombres me respeten.

—Tal vez, pero ahora estamos en guerra y hay bellezas malditas. Tenga.

Le entregó un papel, confundiéndose con la multitud. Intrigada, la bailarina leyó:

«¡París será su tumba. C-43.»

¡Una cifra! ¿A qué organización de espionaje pertenecería?

Inquieta miró a lo lejos. ¡Si pudiera alcanzar a la mensajera, tal vez aclarara el enigma!

Pronto se convenció de que aquello era imposible. Sin saber la causa, sugestionada a su pesar, se mezcló con la multitud, gritando vivas a Hitler...

CAPITULO IV

Perenne, el pueblecillo del norte de Francia, era iluminado por las explosiones de los proyectiles de cañón que, sistemáticamente, iban destruyendo la localidad. Se combatía al otro lado del Somme. Los ejércitos alemanes, que ocupaban varias provincias francesas, se mantuvieron firmes en sus posiciones; causando millares de víctimas a sus atacantes.

El frente rugía en un formidable alarde artillero; que no era obstáculo para que en la planta baja de un edificio, los oficiales francos de servicio riesen y bebieran en el que ellos denominaban «casino de segunda línea».

Con los soldados; un grupo de mujeres, habituadas a toda clase de riesgos, bailaban a los acordes de un viejo gramófono: De vez en cuando los cristales retemblaban.

Un teniente dijo en voz alta.

—Los boches hacen un buen recibimiento a nuestro camarada René Clinton. Brindemos por él.

Todos alzaron los vasos, bebiendo, El aludido replicó:

—Gracias, amigos. No esperaba fuegos artificiales. Si llego a saber que gozabais de tales diversiones hubiera pedido incorporarme antes a vuestro grupo.

Respondiéronle varios hombres con agudezas y una mujer, de aspecto indefinido, se acercó al recién llegado, diciéndole:

—Me llamo Lili...

—Bonito nombre. ¿Qué haces aquí con tus amigas?

—Procurar distraeros. Nos falta vocación de enfermeras.

—No le hagase caso —medió un comandante—. En las capitales apenas si quedan hombres y a nosotros no nos duele gastarnos el dinero. Somos unos eternos convidados de la muerte. Casi todas ellas son de Arras, en poder de los germanos.

Un estallido horrrisono apagó las luces de la estancia. Algunos cuadros que colgaban de las paredes cayeron al suelo. Hubo unos segundos de silencio. El proyectil debía haber caído en el último piso de la vivienda. Alguien comentó burlón:

—No os molestéis en buscar la avería. Echaré un sueño en la butaca aprovechando las facilidades que me brinda el Reich.

Dos hombres procedieron a empalmar los cables. Minutos después la habitación se hallaba de nuevo iluminada.

—No pueden ver el resplandor —exclamó uno—. Las persianas cierran herméticamente.

Cogió una botella de vino, sentándose en un desvencijado sillón. El cuarto tenía por todo mobiliario dos tresillos y una gran mesa. En el suelo, parado, el fonógrafo, una víctima más de la guerra. Las mujeres esforzábanse en dominar el nerviosismo. Una exclamó:

— ¡Vámonos! Acabaremos sepultadas entre los escombros.

—No hagáis locuras —opuso René—. En la calle reina la muerte. Hay que esperar a que termine el bombardeo. Ya se cansarán de malgastar municiones. No hay nada aquí capaz de justificar su obstinación.

Nadie le respondió. El teniente Roland, de rostro anñado, le dijo al oído:

—Aunque es inexplicable cómo han podido enterarse, existe un polvorín a doscientos metros. Apenas descargaron los camiones, se inició el bombardeo.

—¿Quién pudo informarles?

No obtuvo respuesta. Llamaban a la puerta. Un oficial salió a abrir, no sin antes preguntar jocoso:

—¿Sera el mariscal Goering o el propio Hitler?

Salió regresando a los pocos minutos, seguido de una mujer, que inquirió en tono tranquilo:

—¿Se encuentra entre ustedes el capitán Clinton?

René, que, de espaldas a la desconocida, bebía una copa de licor, se volvió.

—Yo soy... ¡Gretha! ¿Cómo te has atrevido a venir?

—Me ofrecí voluntaria para recorrer las zonas de fuego y bailar ante los soldados. No supuse que estuvierais tan bien acompañados.

El capitán, estrechando la mano de la danzarina, preguntó:

—¿Cómo diste con nosotros?

—Vino conmigo un sargento. Un casco de metralla le cortó la cabeza. Preséntame a tus camaradas. Son...

Una explosión, más fuerte que la anterior les arrojó al suelo. Varios cascotes cayeron en la estancia por un agujero abierto en el techo. Clinton no pudo evitar un grito de rabia. Una lámpara de petróleo, milagrosamente ilesa estaba encendida junto a una abierta Ventana del piso superior. Los oficiales se miraron. Un teniente fue el primero en reaccionar y, abandonar el cuarto, llegó a la escalera que comunicaba con la planta inmediata. Sus camaradas le vieron acercarse a la señal. No llegó a apagarla. El silbido de la granada se confundió con la detonación. El polvo les cegó y la oscuridad reino de nuevo. Algo cayó sobre Clinton. Un brazo sangrante. Encendió la linterna, reconociendo los galones del teniente. Un vozarrón ordenó:

—¡Nadie se mueva! ¿Todos junto a mí!

Era el comandante que previno a Clinton contra Lili, y que se había situado en un lateral.

Los pulsos martilleaban en las muñecas de los oficiales. ¿Quién pudo traicionarles?

—¡Cochinos espías!

—¡Calla! No es hora de lamentaciones. hay que esperar a que alarguen el tiro para trasladarnos al Estado Mayor. Tal vez nos necesiten. Temo que tras esto se oculte algo más que la localización de unas toneladas de

municiones.

Clinton sintió que una mano oprimía la suya. Era la de Gretha.

—¿Miedo? —Inquirió en un susurro.

—¿Y quién no?

Varios estallidos les ensordecieron.

—Que cada uno se ocupe de su mujer —indicó el comandante— y la acompañe al próximo refugio. Suerte, muchachos.

Los oficiales esperaban a que explotase una granada para salir.

René y Margaretha Dupont fueron de los últimos en alejarse de la casa.

—¿Dónde vamos? —Inquirió ella.

—A un sótano. No me perdonaría que te destrozara la metralla.

—Llévame contigo al cuartel general. Soy amiga del mayor Oliver.

Caminaron pegados a las casas. La noche se rasgaba con los resplandores del frente. De vez en cuando una bengala lucía a lo lejos.

—En las afueras del pueblo, las granadas les obligaron a cobijarse en un embudo. Clinton miró a la mujer. —Es extraña tu psicología, Gretha. No te concibo sacrificándote por nadie y menos aún por una patria que no es la tuya.

—¿Tan mal concepto tienes de mí?

—Siempre te imagine rodeada de lujos y placeres y nunca en el rostro hacia la tierra, temiendo de un momento a otro ser mutilada por un proyectil.

¿Cuál es tu juego?

La pregunta encerraba una sospecha.

—No te entiendo —repuso ella con serenidad— Decidí distraer a los soldados al presenciar la llegada de un tren sanitario. Me impresionó tanto la escena que quise ayudarles de la única forma que soy capaz de hacerlo. Pensé incorporarme al grupo de enfermeras, pero la rutina no va con mi carácter. Estas aventuras me evitan la monotonía. contribuyendo a vencer un tedio que me ahoga.

El suelo se convulsiona y la noche pareció arder. Una gran llamarada se alzó en el pueblo.

—Han alcanzado el polvorín —comentó René—. Un triste éxito.

Se equivocaba. En el cuartel general el mayor Olivier, luego de presentar a Gretha a sus subordinados, informó:

—Acaban de telefonarme desde San Quintín comunicándome que el fuego de la artillería impide el envío de municiones o refuerzos. Si los alemanes desencadenan una ofensiva, antes, de cuatro horas nos faltarán cartuchos para los fusiles y ametralladoras —cortésmente se volvió a la bailarina—. Eligió un mal momento para visitarnos, Peronne, hasta hace unas horas, era un lugar tranquilo. Me temo que en breve se convierta en un infierno.

Sonó el timbre del teléfono de campaña. El mayor escuchó unos segundos.

—Resistan. Dé orden de que se economicen las municiones hasta que podamos enviárselas por helicópteros. Ha volado nuestro almacén de reserva. La retirada he de ordenarla yo.

Colgó. En la habitación reinaba el silencio.

—Señores —continuó el jefe de la división—, preséntense al mayor Berry. Que cada uno de ustedes, con tres soldados, conduzca una barcaza al otro margen del río. Temo que nos sean necesarias.

Los oficiales se dispusieron a cumplir lo que se les mandaba. René, antes de abandonar el despacho, estrechó la mano de Gretha.

—Quizá no volvamos a vernos.

—Confío en que sí. Suerte...

—Adiós.

Los Hombres salieron. Marguerithe Dupont cruzó las piernas negligentemente.

—No se preocupe por mí, mayor. ¿Quiere que pase a otra habitación? Tal vez tenga que dar instrucciones secretas y le cohiba mi presencia.

—No es necesario. Si el general gobernador de la zona le entregó un salvoconducto es porque la considera de confianza.

El frente retumbaba lejano, como un monstruo devorador de vidas. De pronto, Gretha se incorporó, pálida, llevándose ambas manos al pecho.

—¿Qué le sucede? —inquirió el militar con sobresalto.

—He sentido una punzada en el pecho y un horrible presentimiento.

—Concibo que esté excitada. En ese armario encontrará algo que beber...

* * *

En una de las barcasas que cruzaban el Somme, el capitán René Clinton se desplomaba con la guerrera empapada en sangre...

CAPITULO V

El capitán caminaba despacio por el boulevard de Saint Germain de Paris, a la altura del templo protestante de Pentemont. Su rostro denotaba satisfacción. Dentro de unos minutos iba a abrazar a la mujer que amaba. Absorto en tan grato pensamiento, fue a cruzar la calle. Varias mujeres gritaron al ver que un camión iba a atropellar al que, advertido del peligro, en que se hallaba, corrió hacia adelante. El vehículo realizó la misma maniobra.

Con increíble agilidad, el militar salto a la izquierda. La aleta del automóvil del transporte le rozo la guerrera.

Aquello, mas que un accidente, parecía un atentado. El camión, sin detenerse, se dio a la fuga. El oficial, con gran serenidad, tomo mentalmente el numero de la matrícula, rehusando los servicios de un gendarme, que se aproximaba.

—No se preocupe —dijo—. No merece la pena.

Paso a la otra acera y penetro en una casa de cinco pisos. Sin apresuramiento subió los escalones deteniéndose en la tercera planta. Llamó al timbre. Una muchacha salió a recibirle:

—¡Rene! —exclamó—. Temí que te hubieran obligado a incorporarte de nuevo a tu unidad.

El la besó.

—No, Estrella. Aún dispongo de un mes de permiso. ¿Todo preparado? Falta una hora para la ceremonia.

—Sí. Disponemos de tiempo. Nos hallamos cerca de Notre Dame.

El capitán Clinton, del brazo de la que iba a convertirse en su esposa, atravesó un amplio pasillo, llegando a un amplio comedor, en el que el padre de su. prometida, Adolfo Thiers, de uniforme, le saludó:

—Hola, hijo. Celebro que seas mi yerno. Leí la orden del día en que se te mencionaba. Has de contarme cómo fue.

—Cumplí con mi deber. Lo único excepcional consiste en que con un balazo en el hombro me negué a ser evacuado, sosteniendo una posición. Di lugar a que el resto de la tropa cruzara el Somme, retirándose.

—Toma un vaso de borgoña. He de darte una inmejorable noticia. Conseguí para Estrella veinte días más de licencia. ¡Cómo os envidio a los jóvenes! Cada vez que en la Prensa leo heroicidades como la tuya, mis dedos se crispan entre los papeles de la oficina de reclutamiento. En mis años mozos...

—Perdone. Me reuniré con ustedes en la iglesia.

La agitación de Clinton era extraordinaria. Rápidamente cruzó la estancia, alcanzando la escalera. Ni aún Estrella pudo detenerle.

—¿Qué le ocurre a ese hombre? —preguntó el comandante—. Mira. Va detrás de ese oficial. ¿Qué se oculta detrás de esto, Estrella?

La joven, no sin comprobar que todas las puertas estaban cerradas y que nadie les oía, contestó:

—No lo sé, padre. Es decir, si. Has de darme tu palabra de honor de no volver a comentarlo.

—Concedida. ¡Habla! ¡Me tienes sobre ascuas!

—René pertenece al Servicio Secreto. Ignoro la razón por la que combate en primera línea como un oficial más. Pensaba preguntárselo después.

—No es preciso. Contraespionaje militar. ¿Crees que irá a Notre Dame?

—Hará lo imposible. Si no acudiera, calma a mamá. No le profesa simpatía.

—Te ayudaré, Estrella.

Mientras tanto, Clinton continuaba la persecución del que imaginaba a muchas millas de París. ¿Qué hacía el teniente Roland en la capital francesa? Estaba seguro de que, salvo en casos excepcionales, no se otorgaban permisos. El Estado Mayor preparaba una nueva ofensiva para romper el frente alemán. En el hospital de sangre de Senlís, durante las dos semanas que duró la primera fase de su curación, no se hablaba de otra cosa. De no obtener éxito, los alemanes se apoderarían de París. Su guerra relámpago era incontenible.

Siempre en seguimiento de su antiguo camarada de guerra, dobló por la rué de Seine, alcanzando los jardines de Luxemburgo, en los que correteaban numerosos pequeñuelos bajo la mirada de Sus madres. Era un día espléndido.

Protegido por un árbol le vio hablar con un individuo. Miró su reloj de pulsera. Eran las once menos veinte. A las once y media debía verificarse su enlace matrimonial con Estrella Thiers.

Sintió tentaciones de regresar al boulevard de Seint Germain. Era posible que perdiera el tiempo vigilando a Roland. El recuerdo de la matanza de Somme y de sus camaradas resistiendo sin apenas municiones por culpa de la traición que dio lugar a la voladura del polvorín, lo hizo perseverar. Resultaba indudable que uno de los oficiales congregados en la casa estaba al servicio del enemigo. ¿Cual? La incógnita continuaba en pie.

¿Tendría alguna relación el frustrado atropello con la presencia de Roland en París cuando las avanzadas germanas se lanzaban sobre la ciudad? Le vio tomar un taxi y le imito, encargando al chofer:

—Procure que no se dé cuenta. Se trata de un pleito de honor. Galantea a mi esposa y...

—Descuide. Se mi oficio. Por el puente Syllu pasaron al boulevard de Enrique IV y, cruzando la plaza de la Bastilla detuvieron ante una casa de un piso en rue de la Roquette. Roland despidió al vehículo de alquiler y Clinton hizo lo mismo.

Observe el edificio, en uno de cuyos balcones pendía un letrero

anunciador de una firma comercial dedicada al negocio de madera. En el amplio portal había un hombre, distraído en apariencia. Dispuesto a resolver de una vez el problema que le atormentaba, René se acercó.

—¿Llego ya el señor Roland? me espera. Clinton siguió al individuo por un largo pasillo. Atravesaron un patio en el que se amontonaban gruesos troncos de árboles, penetrando en una habitación en la que había un pequeño pupitre.

—Espere aquí. Voy a avisarle.

A René le interesaba registrar la casa sin que nadie se enterase de su presencia, y propino al portero un fuerte golpe en la cabeza, con la culata de su revolver. Calculó que tardaría más de una hora en recobrar el sentido, y con la pistola firmemente empuñada, cruzó la habitación, llegando a un hall del que partía una escalera, que subió con el máximo de precauciones.

Escucho atentamente. Lejano, oíase el sonido característico de un aparato de Morse. Era indudable que se hallaba sobre la verdadera pista. Oyo voces hablando en idioma alemán y, angustiado, busco con la mirada un sitio en el que esconderse. No disponía más que de una mano útil a causa de la herida, enfundo el revólver, abriendo una puerta. Ignoraba si detrás de la hoja de madera le esperaba la muerte.

La estancia, una habitación con dos camas, estaba desierta. Se había comportado imprudentemente al entrar solo en el que sin duda era cuartel general del espionaje alemán en París. Sus camaradas del Deuxième Bureau, llevaban intentando localizar a los enemigos de Francia desde que comenzó la guerra. ¡Si pudiera ponerse al habla con su jefe!

Seguro de que permanecer escondido empeoraba más su difícil situación, con las máximas precauciones, hizo girar el pestillo. Ya en el corredor, orientándose por el ruido de la telegrafía, llegó ante una habitación tras la que un hombre manipulaba el aparato. Miro por el ojo de la cerradura, distinguiendo al teniente Roland.

Con la idea de avisar a la central de Deuxième Bureau, interrumpió en la estancia, cerrando tras de sí. Roland se incorporó con asombro.

—¿Usted, capitán!

—El mismo. Veo que no me esperaba. Supongo que estará transmitiendo el emplazamiento de otro polvorín ¿No es así?

—Ignoro de qué me habla. Le aseguro que...

René empuñó el revólver, decidido a matar si su ínter locutor le obligaba a hacerlo.

—No se esfuerce en negar la evidencia. Vaya a aquel rincón y levante los brazos.

Roland obedeció. Conocía el valor de su camarada puesto a prueba en la batalla del Somme. Clinton, sin perder de vista al espía germano, envió un mensaje de auxilio a la oficina privada del Servicio Secreto francés. Le contestaron en la clave convenida.

—Charlemos mientras llegan. No supuse que tuvieses madera de

renegado. ¿Espera pronto a Marguerithe Dupont?

—¿Qué tiene que ver la bailarina en esto? ¿Celoso?

El teniente miraba con fijeza a René. Pasada la sorpresa, recobraba su aplomo.

—No bromeará cuando le ponga ante un pelotón de fusilamiento. No preciso que conteste ahora a mis preguntas. Ya lo hará en el consejo de guerra.

Clinton intuyó un ramalazo de alegría en el rostro de Roland y giró sobre sus talones, mirando a la puerta, que acababa de abrirse. Hizo fuego contra un hombre que llevaba su mano al bolsillo trasero del pantalón. El teniente, aprovechando la oportunidad, se abalanzó a él derribándole. Herido, era incapaz de defenderse de un agresor de la fortaleza física del traidor oficial. Además la detonación atraería a los restantes miembros del espionaje enemigo.

Notando un agudo dolor en el hombro, recientemente cicatrizado, alzó la rodilla, propinando al teniente un fuerte golpe en el vientre. Un gemido le indicó que aún podía pensar en salvarse. Apretó el gatillo. El oficial, vendido al oro alemán, fue alcanzado por el proyectil en pleno pecho. René se incorporó, cerrando la puerta con el grueso pestillo. Era tiempo. Cinco hombres se aproximaban a la sala de Morse.

Retrocedió. Si sus amigos tardaban podía considerarse muerto. Ignoraba que el propio Roland iba a salvarle la vida al gritar.

—¡Marchaos! ¡No tardarán en rodear la casa! Cesaron de aporrear la puerta.

Tranquilizado por su seguridad, el miembro del Deuxième Bureau se arrodilló junto al moribundo, insistiendo una vez más:

—¿Sabe el paradero de Gretha?

El teniente sonrió.

—¿Tanto le interesa esa mujer?

—Si.

Hubo un breve silencio. Por las comisuras de los labios de Roland se deslizaban dos hilos de sangre. René insistió.

—Está a un paso de la eternidad. En el más allá no cuentan. más servicios prestados que los que llevan consigo el amor y el bien. Si me dice algo que evite la muerte de miles de franceses aliviará su conciencia.

La boca del oficial de infantería se contrajo en una fea mueca.

—Entonces —jadeó— perecerán mis verdaderos compatriotas. Soy alemán, nacionalizado en Francia. Mi apellido es Luesenbrink. Puede decirse que pertenezco al Abrener desde mi nacimiento. Ambiciono el triunfo de

los de mi raza. ¡Pronto llegaran a París!

Un golpe de tos le impidió continuar. Sus mandíbulas se crisparon y expiro. René se puso en pie. Dentro de cinco minutos tendría que celebrarse su boda en Notre Dame con Estrella Tiers. Estaba de Dios que

su enlace no llegara a efectuarse. Considerando imprudente abandonar el cuarto en que se hallaba, encendió un cigarrillo. Los agentes del Deuxième Bureau tardaron diez minutos en llegar. Al sentirles salió a su encuentro y con frase rápida les refirió lo ocurrido. Suplicó:

—Voy a casarme, inspector. Luego redactare el informe.

Subió a un taxi, dándole la dirección de la conocida iglesia parisiense. el sacerdote le enteró de que su prometida y familiares acababan de marcharse.

Malhumorado, salió del templo, sentándose en uno de los bancos próximos al puente L'Archeveche. Una mujer avanzó hacia él.

—¡Gretha! ¿Tú aquí? —Sí. El destino parece complacerse en unirnos. ¿Tienes algo importante que hacer?

—Desagraciar a mi novia. Las circunstancias han impedido la boda. En total, treinta y cinco minutos de retraso.

La danzarina rompió en una alegre carcajada que hizo arrugar más el ceño a René.

—¿Te divierte? —inquirió

—¡Y a quien no! ¿No será que no os conviene este matrimonio a ninguno de los dos? ¿Quieres un consejo?

—Sí, aunque no me comprometo a seguirlo.

—Invítame a pasear por el bosque de Bolonia y luego a comer. Las mujeres, tan amigas de los detalles, perdonamos las grandes faltas mejor que las pequeñas. Convencela de que el asunto que te entretuvo no te dejó libre hasta pasadas muchas horas.

René sonrió.

—Es posible que estés en lo cierto. No me seduce la idea de enfrentarme ahora con los padres de Estrella.

Detuvo un taxi, ordenado al chofer:

—Llévenos a Bolonia, al lago superior.

El vehículo de alquiler, por los puentes de San Luis y de Font Marie, alcanzó la rue de Rivoli. René miraba de reojo a Gretha. Estaba hermosísima.

—¿Ya no visitas a los soldados?

—No, al menos mientras tú te encuentres en París. Tuviste razón al juzgarme en Peronne. me repugna la miseria. El concepto idealista del heroísmo se destruye en las trincheras. Disentería, miseria, brutalidad y el imparable avance alemán.

—Los detendremos al fin. es duro el choque con la realidad. ¿Algún contrato para el extranjero?

—Uno para San Francisco, pero no deseo cruzar el Atlántico. Aunque los Estados Unidos permanecen neutrales, los submarinos alemanes son un peligro.

—¡Increíble! ¿Marguerithe Dupont cobarde!

El rostro de la mujer no acusó el golpe. con naturalidad repuso:

—Eres poco amable, René. Para los demás presumo de esfinge. A ti me muestro tal y como soy. Una criatura de carne y hueso que come, ama y odia.

En ese momento el automóvil pasaba frente al museo del Louvre.

—¿Amar tú? Eso significaría que posees algo que todos, incluso yo, te negamos: corazón.

Intencionadamente Clinton provocaba a la danzarina. Pretendía hacerla perder el dominio de sus nervios. No lo consiguió. Gretha no contestó a la acusación. Tras una breve pausa, regó:

—No seas desagradable. ¿Acaso pretendes que te confunda con un alemán?

—¿Por qué?

—El mismo día que estalló la guerra, en Berlín, me dijeron parecidas palabras. Entonces evoqué tu caballerosidad. No destruyas lo que he idealizado.

Gretha pareció abismarse en la contemplación de los edificios que circundan la avenida de los Campos Elíseos, el Petit Palais y el teatro Marigay. Desde el Arco del Triunfo descendieron por Víctor Hugo, desembocando en la alameda de Mar Maunoury, en las inmediaciones del lago Inferior.

La proximidad del frente se adivinaba por soldados que deambulaban por las calles y los numerosos vehículos militares.

No había excesivo nerviosismo en los parisinos. Confiaban en que, como sucediera en la anterior guerra, habría una batalla que detuviese a los alemanes impidiéndoles la toma de la capital.

—Apeémonos —rogó la bailarina—. Quiero andar.

Abonó Clinton al chófer el importe del recorrido, dándole una espléndida propina que el hombre agradeció, y minutos más tarde, llevando del brazo a Gretha, caminaban por una umbrosa avenida.

—A juzgar por la serenidad del bosque, nadie diría que estemos en guerra. Sin embargo, lejos truenan los cañones y mueren millares de combatientes.

—Olvídate de ellos.

—No puedo. Son hermanos míos. ¿No leíste la Prensa de hoy?

—No.

—Han torpedeado dos nuevos transportes. No se salvó ni un solo miembro de la tripulación.

—Muy triste. Hoy se hunden unos barcos y mañana otros. Los submarinos acechan.

—No. Reciben informes de los espías. Es preciso aniquilar a los traidores.

Gretha se detuvo, encarándose con René;

—¿Por qué me dices eso? ¿Hay una oculta intención en tus palabras?

—¿Crees que puede haberla?

—Me gustan las situaciones claras. Aborrezco la violencia. No milito en ningún Servicio Secreto. Tal vez tú no puedas decir lo mismo.

Se retaron con la mirada. La mujer, fruncidos los labios, contemplaba a Clinton con enojo.

El revoloteo de unas palomas disipó la tensión.

—No seas agresiva, Gretha. Va mal a la belleza de tu rostro. ¿Qué ha sido de ti desde que nos separamos en Peronne? ¡Cuéntame tus proyectos!

Ella, como si nada hubiera sucedido, habló, voluble: —Gansada de miseria y privaciones, regresé a París. Pienso visitar España y, a ser posible, Londres. ¿Y tú?

—Una vez que me case regresare a mi unidad. ¿Te sonríes?

—Sí. No presumo de adivinadora. Algo en mi corazón me grita que no te unirás a Estrella. ¿De verdad la quieres? ¿No me amas a mí?

Hubo una larga pausa. En la soledad del Beis de Bologne la sangre circulo mas aprisa por las venas de René.

—No confundamos los sentimientos, Gretha. Tú eres como una botella de licor. Embriagas para después dejar un mal sabor de boca. Si me dejase llevar por el impulso te estrecharía entre mis brazos. Luego al volver al pasado, al compararte con Estrella, dulce y virtuosa, mujer de un solo hombre, no podría menos que llamarme cobarde. ¿Sabes por qué aún somos amigos? Porque ni la carne ni la sangre enturbiaron nuestro afecto.

—Tal vez tengas razón. De decirme otro semejantes palabras, le hubiese abofeteado. A ti no. No nos amarguemos unas horas de paz. Mis aciertos y mis errores no soy yo quien ha de jugarlos. Pertenecen a la posteridad.

—¿Confías en ser tan famosa?

—Sí. Mis bailes se van imponiendo en el mundo. Sentémonos.

Se acomodaron en uno de los numerosos bancos de madera del parque, El dialogo, que languidecía, floreció al preguntar Clinton a la danzarina per su infancia.

—Mis primeros años no fueron agradables, Soy hija de Adam Dupont y de Antje Vander Meulen, Mi madre murió, Los negocios de papá se presentaron adversos, No estude mucho. En cambio, leí interesantes relatos, no todos muy limpios. Quizás ellos deformaron mi conciencia. A los dieciséis años se enamoraban de mi los hombres como ahora... Casé con Mac Leod y enviudé después de un matrimonio desdichado.

La charla se hizo intima, confidencial. La mujer que bailaba desnuda ante las multitudes, desnudó también su alma impura en el bosque de Bolonia, presentándosela sin velos a su amigo, al único que podía denominar de tal manera.

—Pasé hambre y he sufrido toda clase de vejaciones.

Por evitarlo me prostituí. Hoy es tarde para rectificar... —No lo creas, Gretha. ¡Intentalo! Te ayudaré. La sinceras palabras de René la hicieron sonreír.

—No te esfuerces. Es inútil. Mi destino está trazado. Charlaron de temas diversos, eludiendo referirse a la guerra. A la una de la mañana abandonaron el hermoso parque y cruzando el puente de Mirebeau ascendieron por la rue de Bahard para, en la Lecourbe, tomar un taxi que les trasladó a la plaza Vauban, a un famosos restaurante italiano.

—Comeremos aquí. Sus spaghettis son exquisitos.

Conozco Paris como la palma de la mano —dijo Clinton.

Penetraron en el local. Un camarero les condujo a una mesa situada en uno de los laterales del establecimiento.

Al fondo, sobre un templete, una orquesta zíngara interpretaba composiciones sentimentales, predominando vales vieneses.

—¿No han prohibido esa música? —pregunto Gretha.

—El arte carece de patria. Es universal.

Consumieron unos aperitivos. El rostro de la danzarina expresaba felicidad.

—¿Por qué te habre encontrado tarde, René? Tal vez hubiéramos sido dichosos.

—La vida nos da a cada uno lo que nos corresponde —replicó el hombre—. A tí, hastío, amargura. A mí el dolor de, amándote, no poder quererte. Tu credo es la inconstancia. Apenas me entregara, me rechazarías. Además, ambiciono unos hijos que perpetúen mi apellido y mi sangre.

Los violines emitían sonidos graves, conmovedores...

Clinton y Gretha unieron sus manos por encima de la mesa y sus miradas, confundándose, hicieron estremecerse.

Era el 10 de mayo de 1940. El mundo, estremecido, contemplaba los progresos alemanes. Un batallón de paracaidistas tomó por sorpresa la fortaleza Eben Ernamiel, punto clave para la defensa del Mesa y del canal Alberto, mientras el grupo de ejércitos de Von Rundstedt, se desplegaba entre el sur de Aix-la-Chapelle y el Mosola, desencadenando una potente ofensiva en Bélgica a través de Luxemburgo. Los germanos llevaban en primera línea los ejércitos IV, XVI y XII, este último compuesto de fuerzas acorazadas a las órdenes del general Von Kleist.

El caos era espantoso en las fuerzas inglesas y francesas en retirada. La guerra relámpago, una terrible realidad....

CAPITULO V

Acomodada en uno de les butacones de la biblioteca, Estrella Thiers, con la cabeza apoyada en, sus manes y los codos sobre las rodillas, absorta en sus pensamientos, no sintió entrar a su padre, quien, tras observarla unos instantes, reprochó:

—No es eso lo que me prometiste al regresar de Notre Dame. Me tranquilicé creyéndote valerosa y fuerte. Tu madre, no queriendo escuchar mis razonamientos, se ha. marchando a contárselo, todo a la más íntima de sus amigas. Estamos solos. Te invito a comer fuera de casa.

La muchacha alzó les ojos.

—¿Qué bueno eres, papá! ¿Y si viene René?

—¿Que vuelva otra vez! No creo que el jovencito se enfade.

La voz del comandante denotaba mal contenida cólera. No le satisfacía la explicación dada por su hija. Clinton, aunque perteneciese al Deuxième Bureau, debió prevenir las posibles contingencias para no exponerles a semejante desaire. Por fortuna, la guerra y sus restricciones les obligaron a proyectar la celebración del enlace en la intimidad.

Nervioso mordió la punta de un cigarro habano, encendiéndolo. Apremió a Estrella:

—Vamos ya. No es preciso que te cambies el vestido.

El de boda te sienta maravillosamente. La joven, conocedora de la terquedad de su padre,

se incorporó, intentando, en vano, sonreír.

—Creo que tienes razón. Del brazo salieron a la calle. Era la una de la mañana de un espléndido día de otoño. El Boulevard de Saint Germain presentaba un animado aspecto. Cientos de mujeres abandonaban comercios y oficinas para dirigirse a sus casas, finalizado el trabajo. Los hombres útiles se hallaban en primera línea pugnado inútilmente por contener a los alemanes con la colaboración del ejercito belga y del cuerpo expedicionario inglés. Había capitulado el general Wikelmann, jefe supremo de las fuerzas holandesas. Veinticuatro horas después los alemanes ocupaban La Haya y Ámsterdam. Amberes cayó el 18 de mayo, en la misma fecha en que el general Girad, jefe del Séptimo Ejercito Frances, era apresado en la bolsa Le Cateau San Quintin Laon. En Paris se producía una crisis de Gobierno haciéndose cargo Reynaud de la cartera de Guerra y sustituyéndose al general Famelin por Weygaud como jefe supremo de las fuerzas francesas. El comandante Thiers, esclavo de la disciplina, saludaba a los heridos que se cruzaban con él, rindiéndoles un homenaje a su heroísmo.

Despacio, gozando de la deliciosa temperatura, anduvieron por la rue Vanau.

—Te llevaré a un lugar frecuentado por los oficiales a mis órdenes.

Beberemos un Borgoña.

Quince minutos más tarde alcanzaba el lugar indicado por el comandante. No bien hubo Estrella penetrado en el local, se detuvo, palideciendo. Thiers imagino que algo sucedía a su hija al sentir en su brazo la presión de los femeninos dedos. Le faltó poco para no proferir una maldición.

En una de las mesas del fondo se hallaba René Clinton., que estrechaba entre las suyas las manos de una mujer. —¡Es Gretha! —exclamo la muchacha. —¡Voy a decirle cuatro palabras a ese desvergonzado!

—¡No, papa! —gimió ella —. Es inútil provocar el escándalo.

¡Es un canalla!

Abandonaron el establecimiento. La joven de esforzaba en contener el llanto. Temía que su padre, dejándose arrastrar por su justa indignación, abofeteara al hombre al que amaba. De no verlo, no lo hubiera creído a su novio capaz de tal vileza.

—Quiero que hables con el jefe de Sanidad para que mañana mismo pueda incorporarme a un hospital de primera línea.

—¡Hija!

Callaron. El silencio por lo prolongado, llego a ser angustioso. Adolfo Thiers se detuvo. Jadeaba. Estrella pregunto:

—¿Que te sucede?

—El corazón...

Penetraron en un bar. El comandante se sentó en una de las sillas. Su fatiga aumentaba por segundos.

—Llama a un médico.

La muchacha, recobrada su entereza, suplico a uno de los camareros que avisara a un taxi. Por un momento descuidó la vigilancia del enfermo. Un ruido a su espalda le hizo lanzar un grito. Su padre estaba en el suelo. Se arrodilló con presteza, tomándole el pulso. No latía.

Durante los meses de guerra vio morir a cientos de hombres y la experiencia le dijo la amarga verdad. Un estremecimiento surcó su espalda. Tenía, que mantenerse serena. No pudo conseguirlo. Gimiendo, se abrazó al cadáver.

—¡Papá! ¡Papá!

Siempre ignoraría el tiempo que permaneció en tal postura. El peso de una mano sobre uno de sus. hombros la hizo reaccionar. Un teniente, con las insignias de Sanidad en sus solapas, le habló con dulzura.

—Apártese, señorita. Déjeme examinarle. ¿Era familiar suyo?

Sin reconocerle, el médico habíase dado cuenta de que Adolfo Thiers ya no existía. Estrella, con la voz humedecida por las lágrimas, repuso:

—Sí.

—Lo siento. Será preciso hacerle la autopsia para averiguar el motivo de su trágico fin, aunque me atrevo a asegurar que pereció de un ataque cardíaco.

—No se equivoca. Papá se retiró del ejército a los cuarenta y cinco años por esa causa. Me gustaría trasladarle a nuestro domicilio. ¿Quiere ayudarme? Soy enfermera y sé lo que procede hacer legalmente, pero...

El oficial, compadecido de la pena de la muchacha, consintió:

—Voy a llamar a una ambulancia.

El traslado se realizó sin novedad. Estrella, en pie frente al lecho en el que descansaba su padre el sueño eterno, pensó que la Providencia la probaba duramente al arrebatarle los dos grandes amores de su vida...

* * *

—Mi compañía no te reportará ningún bien, René. Mi marido afirmaba que mi influencia era maléfica. Según él, todos los que me conozcan sufrirán desgracias. ¿Te ríes?

—No creo en supersticiones. ¿Tú sí?

—No puedo remediarlo. ¿Dónde vas?

—A telefonar. Olvidé algo urgente.

Desde la cabina pública se puso en comunicación con su jefe en el Deuxième Bureau, quien le ordenó:

—Preséntese inmediatamente en la oficina número tres. Llevamos más de dos horas intentando localizarle

—No tardaré.

Se reunió con Gretha.

—¿Hablaste con tu novia? Muy breve fue la conferencia.

—Sí. He de verla con urgencia. ¿Me perdonas?

—No te preocupes. En un taxi me trasladaré a Villa Rémy. Olvidé que me espera un viejo amigo.

—¿Puedo saber quién es?

—¿Por qué no? Un coronel de las Fuerzas Aéreas.

—Un consejo, Gretha, pero debes olvidar que te lo he dado. No trates a muchos jefes y oficiales. Pueden suponer que te interesan determinados informes para transmitirlos al enemigo.

—¿Tú no eres también un militar?

—No son los celos los que me impulsan a hablarte así. ¡Quiera Dios que no recuerdes mis palabras cuando sea demasiado tarde!

Estrechó la mano de la danzarina y abandonó el restaurante. ¿Para qué le querrían en el Deuxième Bureau?

La respuesta la obtuvo de labios del inspector Adams.

—He querido felicitarle por su trabajo. Ha puesto en nuestras manos la guarida de los hombres a quienes perseguíamos y dos cadáveres. No encontramos al portero que golpeó. La documentación hallada no compensa sus riesgos. Se instalarán en otra parte y habrá que empezar de nuevo.

El inspector meditó unos minutos. En el amplio despacho los dos hombres se miraron.

—Los miembros del Servicio Secreto alemán son diabólicamente astutos. Usted ha iniciado una tarea y debe terminarla. Es preciso descubrir al jefe de la organización o coger vivo a alguno de sus miembros para forzarle a hablar. ¿Entendido? Visite a Marguerithe Dupont.

—¿Sospecha de ella?

—En parte. Siempre fue amiga de los germanos, y hay un detalle que no debemos olvidar: sus amantes. Mantienen correspondencia con Holanda. Son cartas afectivas. Sin embargo... ¿Es muy aficionada a hablar de guerra?

—En absoluto. Desvía conversaciones si toman ese derrotero. No frunza el ceño, Adams. Si usted necesita un culpable procuraré entregarle el verdadero, no uno que, no siéndolo, calme las impacencias de los del Estado Mayor. ¡Ah! No soy de los que se dejan enredar en femeninas redes.

Clinton se puso en pie. Le enojaba el comportamiento de su superior.

—Síntese, René. No quise ofenderle.

—Lo hizo. Expuse mi vida, aplacé mi boda, quién sabe si arriesgando para siempre mi felicidad, y me llama para, tras una frase fríamente elogiosa, darme a entender que mi labor ha constituido un fracaso.

—Le cambiaría con agrado el puesto. Usted no ha de sufrirme sino a mí. Yo, en cambio, he de aguantar las impacencias de los ministros de Defensa y Marina y hasta del propio presidente. No me es posible enfadarme con ellos, como a usted conmigo. ¿Comprende?

—Si, inspector, y le ruego me disculpe. Este asunto ha destrozado mis nervios. ¿Algo más?

—Mantenga contacto conmigo. Quizá pueda facilitarle una pista. Buenas tardes.

Adams inclinó la cabeza sobre un legajo de documentos, abstrayéndose en su estudio, mientras Clinton abandonaba el edificio.

La oficina privada del Deuxième Bureau hallábase situada en la rué de Wattignes, en las cercanías del bosque de Vincennes. René consultó su reloj de pulsera. Faltaban quince minutos para las cinco de la tarde.

Detuvo un coche de caballos, dando la dirección de la casa que habitaba su novia. Casi todos los automóviles fueron requisados por las autoridades militares para servir de enlace entre las diversas poblaciones cercanas al frente, por lo que era difícil encontrar un taxi.

Pensó en cuáles habían de ser sus razones para convencer a Estrella de que graves circunstancias le impidieron acudir a Notre Dame. A ella le diría la verdad. ¿Y a sus padres?

Intuyendo una serie de desagradables complicaciones, llegó a su punto de destino y, tras abonar el precio del recorrido, subió las escaleras de la casa del bulevar de Saint Germain. Le sorprendió hallar la puerta entornada. En el hall varios hombres le miraron con curiosidad. Uno de ellos preguntó:

—¿Es usted amigo del comandante Thiers?

—Soy el prometido de su hija. ¿Ha ocurrido algo?

Hubo una breve pausa.

—Siento darle una mala noticia. Su futuro padre político ha muerto de un ataque al corazón.

René no esperó a oír más. Con paso rápido penetró en el comedor, en el que, en un féretro cubierto con una bandera nacional, yacía Adolfo Thiers. Junto a él, dos mujeres lloraban.

Tosió, deseando llamar la atención. Estrella alzó los ojos y al reconocerle, incorporándose, gritó:

—¡Tú le mataste! ¡Vete de aquí! ¡Vete!

Como Clinton no obedeciera, avanzó hacia él. Sus ojos, en otro tiempo dulces, le fulminaban airados.

—¡Márchate! ¡No quiero verte! ¡Eres un hombre sin honor!

Atónito, Clinton quiso averiguar el porqué de aquellas acusaciones.

—Óyeme, Estrella. Yo...

Una voz más serena le interrumpió:

—No nos obligue a avisar a la policía. Son inútiles las disculpas.

La que hablaba era la esposa de Adolfo Thiers, enterada por Estrella de las circunstancias que provocaron la muerte de su marido.

Apesadumbrado por las acusaciones, René salió del domicilio de su novia.

Paseó por la ciudad. Le sorprendió la noche en una taberna de Montparnase. Acomodándose frente a una mesa, pidió una botella de coñac. Deseaba embriagarse, huyendo así de las amargas realidades que le rodeaban. Considerábase en parte culpable del fallecimiento de Adolfo Thiers. El viejo comandante y su gastado corazón no pudieron resistir la afrenta... ¿Sería cierto el maleficio de Gretha?

CAPITULO VII

—Es estúpida la persecución de que sus hombres me hacen objeto. ¿Por qué no me expulsa del país? Ello me daría pretexto para hablar de ustedes como se merecen. ¿Tan peligrosa me creen?

La mujer sonreía irónica y despectiva. En el despacho oficial del comandante Ladoux, uno de los jefes del Servicio de Contraespionaje, reinó el silencio.

—No exagere. Nos limitamos a tomar precauciones.

—No ignora, puesto que sigue todos mis pasos, que por culpa de la guerra me faltan contratos. Me dejo ver en los centros de diversión, casinos o cabarets, por si alguien se interesa por mi persona. ¿Qué es lo que sospecha?

—Poca cosa, Gretha. Tengo la certeza de que trabaja para los alemanes, proporcionándoles informaciones de tipo militar.

—¿Me acusa de espía? ¿Por qué no me detiene?

La mirada de la danzarina se cruzó, retadora, con la del militar.

—Me faltan pruebas.

La glacial contestación impresionó a la mujer.

—¿Espera encontrarlas?

—Dependerá de un descuido suyo. Compáreme con el cazador que acecha su presa. ¿Un cigarrillo?

Ella negó con el gesto.

—¿Por qué ese afán en mostrarse desagradable? ¿Tanto me odia?

—Personalmente, no me interesa. Quizá sea el único al que no ha logrado seducir. El interés de mi patria está por encima de mis inclinaciones... afectivas. Reconozco su hermosura y me prevengo. Es más peligrosa la sonrisa de una mujer que la brusquedad de muchos hombres. ¿Me comprende?

—Desde luego. No se obstine, Ladoux. ¿Me considera útil?

—Sí.

—Entonces, ¿a qué espera para hacerme una proposición? Necesito ganar cientos de miles de francos.

El miembro del Deuxième Bureau contempló, una vez más, a Gretha.

—Nosotros no disponemos de tanto dinero como los alemanes. Los que nos sirven lo hacen por amor a la tierra en que nacieron. ¿Le importa volver dentro de una hora?

El comandante Ladoux se incorporó, dando por aplazada la entrevista. La danzarina salió del edificio oficial y, en un café, esperó a que transcurrieran los minutos.

Gretha, como tantas otras veces, pensó en René Clinton. ¿Qué sería del bravo oficial?

Ignoraba que a muchos kilómetros de allí, el hombre al que consideraba

su amigo, en un embudo producido por una bomba de aviación, se desangraba mientras los fusiles y las ametralladoras sembraban la muerte...

* * *

De la unidad de asalto no quedaba vivo nadie más que él. ¿Cuánto tiempo resistiría? Rene, con ambas manos, se apretó la herida del costado derecho. Era preciso contener la hemorragia.

Desatando el paquete sanitario de urgencia, sufrió un desvanecimiento. Al recobrar el sentido hallábase más débil y un extenso charco de sangre le hizo comprender su próximo fin. Dispuesto a no dejarse dominar por el pesimismo, introdujo gasas y trozos de venda en el ancho boquete producido por la metralla. Una vez realizada la cura, miró en torno suyo. Dos cadáveres, en grotescas posturas, le hicieron pensar en lo que sería él dentro de unas horas.

Las explosiones, de tan continuas, parecían una sola. Una nube de polvo alzábase en el aire. La ofensiva franco-inglesa estaba resultando un fracaso. Pidió al cielo que sus camaradas intentaran de nuevo el ataque a la bayoneta. Tal vez entonces le recogiera algún camillero.

Con pulso no muy firme encendió un cigarrillo. El sueño, que empezaba a invadirle, podía serle fatal. Era preciso mantenerse despierto.

Aspiró el humo. Sus oídos, habituados al estruendo del combate, ávidos, ambicionaban escuchar los cañones franceses en fuego de barrera.

Estaba seguro de que si antes del anochecer no le trasladaban a un hospital de urgencia, nada le salvaría. La sangre, aunque más despacio, continuaba fluyendo.

Con la punta del cigarrillo casi completamente consumido prendió fuego a uno nuevo.

¡Esperar! ¿Hasta cuándo?

El fuego de las armas automáticas decrecía. ¿Significaba el fracaso definitivo de la ofensiva?

Percibía el silbido de las balas. De vez en cuando una ametralladora tableteaba furiosamente.

Por su mente cruzó una idea desesperada. ¿Por qué prolongar la agonía? Le bastaba con arrancarse el apósito para morir desangrado. Tenía la obligación de conservar la vida. Francia le necesitaba.

Pese a sus esfuerzos por descubrir el nombre de los jefes y oficiales que fomentaban el derrotismo y transmitían noticias a los agentes alemanes de la capital francesa, el fracaso más rotundo acompañó sus trabajos.

Sintió una quemadura en los dedos y arrojó el cigarrillo al suelo. En ese momento la artillería francesa entró en acción.

Clinton aguzó el oído. El momento que ambicionaba no iba a tardar en presentarse. Quizá fuera su última oportunidad.

Lentamente trepó por los bordes del embudo hasta asomar la cabeza. La infantería saltaba las trincheras, lanzándose al ataque.

Se ocultó en su refugio. Cuando las fuerzas aliadas pasasen por aquel lugar, saldría en busca de los sanitarios.

El fuego era espantoso. Desde su escondite vio correr a hombres con la bayoneta calada. Alcanzó el exterior, agitando la gorra. Quiso ponerse en pie, pero las fuerzas le faltaron. Escuchó a su izquierda una voz que gritaba con angustia:

—¡A mí, camillero!... ¡A mí!

El herido estaba a unos metros de distancia. Las granadas rompedoras estallaban en el aire, sembrando la tierra de trozos de hierro. Rene, cogiendo por el cinturón al que clamaba auxilio, le arrastró consigo al embudo. Los sanitarios, sin duda, esperaban, la toma de la posición enemiga.

Clinton examinó a su camarada de infortunio. Era un hombretón de rostro aniñado, que se esforzaba en cubrir con sus manos la extensa herida del vientre.

—¡Animo, camarada! Pronto vendrán a recogerlos.

—Será tarde..., para mí al menos. Dame agua.

René no accedió, seguro de que el líquido precipitaría la muerte del soldado. Le asustaba quedarse solo.

—¿Quieres fumar?

Puso un cigarro en los labios del moribundo, que balbució :

—Gracias. ¿Dónde te han dado?

—En una cadera. Veré si el ataque tiene éxito.

Trepó como la vez anterior, mirando en todas direcciones. Observó con gozo que el objetivo había sido cubierto. Gritó:

—Ya salen los grupos de Sanidad. Ven. Te ayudaré a salir.

La alegría le dio fuerzas para regresar junto a su compañero. No pudo contener una exclamación de horror. Estaba muerto. El cigarro, caído de sus labios, le chamuscaba la camisa.

¡Tenía que salvarse!

Ya en el exterior, reparó en que dos camilleros hallábanse a quince metros de distancia. Arrojó la gorra al aire, disparando su pistola.

Los sanitarios le vieron. René Clinton, incapaz de continuar venciendo la debilidad producida por la pérdida de sangre, se desmayó...

* * *

Marguerithe Dupont, sentada en uno de los sillones del despacho del comandante Ladoux, prosiguió:

—Mi amistad con los altos jefes germanos, como le he dicho, es extraordinaria. Muchos han sido amantes míos. La guerra las habrá vuelto más brutales. Será fácil conseguir las informaciones que interesen, incluso planos y documentos. Ya conoce mis condiciones. Trescientos mil francos por cada noticia.

La mujer hablaba con un cinismo que admiró al militar.

—Lo que se propone es difícil de conseguir. Los alemanes sospecharán de una mujer procedente de Francia.

—No lo crea. Haré un rápido viaje por España y Portugal. Después enviaré cartas a viejos amigos.

El comandante vaciló si aceptar o no los servicios de la danzarina. No tenía fe en su fidelidad.

—¿Quién me garantiza que no nos traicionará, que no se convertirá en un agente doble?

—Su experiencia. Además, sé que me pondrá a prueba. ¿Por qué no me dice lo que piensa?

—Lo haré. Poseo un informe, en el que se asegura que H-21 es usted. ¿Qué responde?

—La verdad. Nunca trabajé para Alemania. No tiene certeza de lo que insinúa.

—Si llego a tenerla, la pondré frente a un pelotón de soldados.

—Confío en negarle ese placer...

Gretha se incorporó. Ladoux dijo:

—Un momento. No considero definitiva su resolución. Mañana deme una nueva respuesta.

Gretha, sonriendo, tendió su mano al comandante en un gesto de amistosa despedida. Ladoux se inclinó ceremonioso.

—Perdone que no corresponda al saludo. Ignoro si esos dedos habrán escrito en alguna ocasión la sentencia de muerte de miles de franceses...

Ella, airada, se mordió los labios.

—Es usted un insolente.

Salió de la estancia...

CAPITULO VIII

—Señorita Estrella. El doctor Gance quiere verla inmediatamente. Acaban de traer un herido gravísimo.

La interpelada, con aspecto fatigado, preguntó a la enfermera que le transmitía la noticia:

—¿Hay anestesia?

—Intervendrán sin ella. Es cuestión de vida o muerte. No se demore. Yo me ocuparé de la sala.

El breve diálogo tenía lugar en una espaciosa estancia de una casa solariega de Evemay, convertida en hospital de vanguardia. Desde allí, luego de efectuada la primera cura, los combatientes eran trasladados a otros establecimientos sanitarios.

Estrella Thiers atravesó la habitación. Su paso provocaba diversas peticiones de los heridos.

—Tened paciencia. Ahora os atenderán.

El aire, enrarecido, olía a sudor, yodo y excrementos. La muchacha, a juzgar por su sonrisa, aparentaba ignorarlo.

Atravesó diversos pasillos, en los que se amontonaban los cadáveres y penetró en un quirófano.

—Aquí me tiene, doctor.

—Gracias, Estrella. ¿Sabe de alguien que pueda donar sangre? Será necesaria una transfusión.

—Yo misma.

—No. He de velar por su salud. Me es usted más útil de lo que imagina. Póngase a mi izquierda.

Estrella se colocó en el lugar indicado por el doctor Gance. Ni una sola vez miró al paciente. Era uno más entre los miles que habían desfilado por el hospital. El facultativo ordenó a su ayudante:

—Tenga cuidado al introducir las pinzas. Hay varios trozos de metralla. Temo que corra un puesto el escalafón.

—Eso sucede con frecuencia. Los capitanes son los primeros en caer.

La enfermera, al oír la graduación del herido, contempló al oficial que yacía ante ella.

—¡Rene! —exclamó, muy pálida.

—¿Le conoce? —inquirió Gance.

—Sí.

Tomó el pulso de Clinton, mientras por su cerebro, en trágica ronda, desfilaban tristes recuerdos. Para vengarse, bastaba, una vez en la sala, provocar intencionadamente una infección contaminando la zona operada con cualquier producto del laboratorio. Como en la guerra, aplicaría la ley del más fuerte...

—¿Pulsaciones?

—Cuarenta. Se debilita. ¿Terminan pronto?

—Vamos a saturar. Será inútil la intervención si no encontramos sangre.

En un segundo, el amor venció al odio.

—¡Yo! ¡Se lo suplico! ¡Íbamos a casarnos cuando partió para el frente!

Gance vio tan honda súplica en los ojos de la muchacha, que no supo negarse.

—Ha de prometer obedecerme.

—Sí, doctor.

Mientras uno de los cirujanos desinfectaba y unía los labios de la herida, el director del hospital lo preparó todo para la transfusión.

—Tiéndase en la mesa contigua.

Cinco minutos más tarde, la sangre de Estrella, muy despacio, pasaba a las venas de René Clinton. La joven, vencido el rencor, gozaba con la idea de que en adelante aquel hombre llevaría en sus arterias una palpitación de vida, de la mujer a la que despreció.

Levantó la cabeza. El oficial continuaba desvanecido. —¿Morirá?

—Su estado es grave, más aún hay esperanza. No se mueva. Los camilleros la trasladarán a su habitación, de la que no ha de salir. ¿Será preciso que, perjudicando el servicio, ponga una compañera suya a vigilarla?

—No. Haré lo que me indique.

Un cuarto de hora más tarde, en la alcoba que compartía con otra enfermera, tomaba un vaso de leche con dos yemas, bajo la mirada cariñosa del facultativo.

—Le traerán comida. No me perdonaría que le sucediese algo. Ninguno de nosotros, con el organismo quebrantado por el insomnio, está en condiciones de donar sangre.

—¿Cuándo podré levantarme?

—Mañana se lo diré. Buenos días, Estrella.

Salió Gance, dejando sola a la joven, quien, poniendo el vaso vacío en la mesilla, se abstraía en sus recuerdos.

¿Por qué la providencia cruzaba de nuevo a Clinton en su camino?

Le llevaron los alimentos que el doctor anunciara. La portadora era una mujer de unos treinta y cinco años.

—Déjalo ahí, Rosaura. Ahora lo tomaré.

—No he de moverme hasta que no te lo comas. Son indicaciones del doctor. Me he enfadado con él. ¿Cómo te ha permitido hacer tal disparate? Supongo que le engañaste para que aceptara tu ofrecimiento.

Estrella miró con cariño a la que le hablaba.

—No. Es él.

—¿Y fuiste tan tonta como para volverte a sacrificar? Yo le hubiera sacado los ojos.

—No te creo. Tú eres buena, Rosaura. Si se ama de veras, no se puede

olvidar. ¿Qué es eso?

Un ruido de motores les hizo mirarse con inquietud.

—Otra vez la aviación. El combate dura ya tres días. Quiera Dios que no suframos una nueva derrota. Tendríamos que quedarnos con los heridos. No hay ambulancias para evacuarlos a todos. Las noticias que se reciben son muy confusas. ¿Quieres algo?

—Hacerte un ruego. ¿Te sonríes?

—Sé lo que vas a pedirme y te lo concedo de antemano. Que cuide a ese hombre. Lo haré.

—Gracias, Rosaura. Cierra las persianas. Voy a intentar dormir. Llevo cuarenta y ocho horas sin hacerlo.

Ni la incertidumbre de la salvación de René ni el aturdimiento propio del encuentro fueron capaces de impedir que la muchacha se entregara a un sueño reparador.

En toda clase de vehículos continuaban llegando los heridos. Los cirujanos, sin anestésicos ni desinfectantes, luchaban por salvar vidas.

En el lecho, René Clinton deliraba acometido por una violenta fiebre. Lejos oíase el retumbar del cañón.

Minutos de angustia..., horas interminables, y la muerte, la reina de la guerra, sonriendo triunfal...

Tras de los parapetos, los soldados afanábanse en destruir a otros hombres sin más delito que el de haber nacido en patria distinta. Sobre todas las leyes, imperaba la del instinto. Se peleaba bajo banderas destrozadas por la metralla...

En el hospital, seres cubiertos de sangre y de barro gemían llamando a sus madres.

En las salas habilitadas para quirófanos escuchábanse alaridos de dolor. Las intervenciones realizábanse sin cloroformo, como en los tiempos primitivos. ¿Acaso la guerra no es el retorno a la barbarie? ¿De qué servían veinte siglos de civilización?

Estrella despertó sobresaltada. Un estallido había hecho retemblar las paredes. Se puso en pie, saliendo al pasillo.

—¿Qué sucede? —preguntó a una de las enfermeras.

—Los nuestros retroceden. Han instalado baterías a doscientos metros de aquí. Se nos ordena la evacuación. Han prometido enviarnos camiones.

Una nueva explosión conmovió el aire.

—¿Qué hora es?

Rosaura, que entraba, respondió:

—Las cinco de la mañana. Has dormido muchas horas. Hay que llevar a los heridos a la planta baja. ¿Te encuentras fuerte?

—Sí. ¿Y René?

—Febril, pero vive.

Media hora después, una larga fila de camiones militares se disponía a recibir su cargamento humano. Los sanitarios afanábanse en el traslado de

los heridos. Muchos lloraban, pidiendo que les dejaran morir sin ocasionarles más sufrimientos. El doctor Gance iba colocando banderas con la cruz roja en los vehículos. Escuchábase claramente el tableteo de las ametralladoras.

En una camilla, Rosaura y Estrella llevaron a Clinton a uno de los transportes. El amanecer era frío y el sol parecía surgir de las entrañas de la tierra envuelto en sangre. Uno de los médicos fue dando instrucciones a los chóferes:

—Vayan por la carretera de Montanirail. El hospital se encuentra en la parte este de la población. No se detengan por nada.

Los primeros coches partieron. En uno de ellos iba René. Aún quedaban más de cincuenta heridos por acoplar en dos camiones. Todos deseaban terminar pronto para alejarse del peligroso lugar. Por la carretera, en franca retirada, avanzaba una columna de soldados. Algunos caían, sin ánimos para levantarse, y eran auxiliados por sus compañeros. Las baterías francesas continuaban disparando, en un desesperado intento de contener al enemigo.

Un sargento señaló tres puntos, oscuros en el cielo, que se agrandaban por segundos. Entre las enfermeras hubo unos segundos de pánico. El doctor Gance gritó:

—¡No entren en el edificio! En el parque estaremos más seguros. Buscan los cañones, para reducirlos al silencio. Si empieza el bombardeo, no se muevan. ¡Quítense las batas blancas y escóndanlas debajo del cuerpo!

El personal sanitario obedeció las indicaciones de su director. Estrella y Rosaura tendiéronse en una zanja hecha días antes por los ingenieros para prevenir tal contingencia. Las dos mujeres se miraron con temor.

—¡Qué será de nosotros! —comentó la joven Thiers.

Un agudo silbido, que parecía perforar el cerebro, fue el comienzo del ataque. El suelo se convulsionó y una formidable explosión atronó el espacio.

—¡Ha caído muy cerca!

—Sí. ¡Esconde la cabeza, Rosaura! ¿No oyes?

No fue una sola bomba, sino una serie de ellas las que estallaron en las inmediaciones. Olía a azufre.

Las dos enfermeras se apretaron más a la tierra.

En el jardín, un sanitario, incapaz de contener el pánico, se puso en pie pretendiendo huir de la muerte. Una ráfaga de la ametralladora de proa de tiro de los aparatos agresores le hizo retorcerse en el aire.

Estrella, con los puños apretados por la ira, exclamó:

—¡Envidia a los que mueren en las trincheras! Al menos tienen la satisfacción de luchar.

Rosaura no oyó las últimas palabras. Un horrísono estallido le hizo apretarse las sienes con ambas manos en un deseo de huir de la locura. Su compañera la abrazó. Había soportado en varias ocasiones el fuego de la

aviación y de La artillería. Su único temor era que inutilizasen los camiones, impidiendo la evacuación. Temía la ferocidad de los germanos, ebrios de triunfo.

Tras diez minutos de angustia reinó el silencio y, con él, llegó la parte más horrible: el comprobar que de los cincuenta heridos que yacían en el suelo no quedaban vivos más que veintidós hombres. Una bomba aniquiló a los restantes.

Los sanitarias, soldados, médicos y enfermeras fueron incorporándose. Un camión estaba completamente destrozado, pero el otro, milagrosamente, quedó intacto. La voz del doctor Gance se impuso al desaliento:

—¡Terminemos! ¡Pueden volver!

El vehículo arrancó, llevando con los heridos, en confuso montón, al resto del personal. Los médicos, enfundados de nuevo en sus batas blancas y con los distintivos de su graduación en el pecho, iban en los estribos laterales. Temían que los combatientes en fuga quisieran ocupar el transporte.

—¡Apártense! ¡Sanidad Militar! —gritaban a los que intentaban detenerles.

Nunca olvidaría Estrella aquellos rostros cubiertos de polvo, con los ojos desencajados por la fatiga y la desesperación.

Ya en el hospital de Montmirail respiraron aliviados. La guerra quedaba atrás. En la ciudad, tropas de refuerzo disponíanse a partir para el frente. Acomodaron a los que llegaban en los rellanos de la escalera, sobre colchonetas rellenas de paja.

Un grupo de damas de la localidad distribuyó tazas de caldo. Rosaura bebió con avidez, ofreciéndole otra a Estrella, que, consecuente con una idea fija, preguntó a un oficial:

—¿Dónde colocaron a los que vinieron primero?

—En el piso de arriba, en la sala cuarta.

—Gracias.

Tomó de un sorbo lo que su compañera le entregaba, dirigiéndose al lugar indicado.

Los heridos, al verla, pidieron:

—¡Agua!... ¡Deme un poco de agua!

Fue mirando los rostros. Al fin halló a Clinton despierto, aunque preso de alta fiebre. No la reconoció.

Sentada a los pies del lecho dejó transcurrir el tiempo. Le resultaba increíble hallarse frente al hombre que destrozó su vida. Una voz la sacó de su abstracción:

—¡Muévase! Hay mucho que hacer.

Era un coronel médico al que acompañaban dos monjas.

—Perdone.

Se puso en pie. Apenas lo hubo hecho, notó que el suelo ascendía hasta ella y perdió el sentido. Al recobrarlo vio al mismo que la recriminara en

compañía del doctor Gance. Estaba tendida en una cama.

—Discúlpeme, señorita. Antes la traté injustamente. Mi colega me ha informado de lo de la transfusión y de su heroico proceder.

Saludó con una inclinación de cabeza, saliendo de la estancia. Su jefe la animó:

—No es nada, Estrella. Por fortuna estamos a salvo. Déjeme que le ponga una inyección. La liará dormir.

La muchacha no supo oponerse, aunque no ignoraba que se trataba de morfina. Gance deseaba hacerla dormir a cualquier costa. Pensó en los heridos. No sufrirían. El hospital hallábase provisto de toda clase de medicamentos.

Se dispuso a ayudar a la droga y se esforzó en alejar preocupaciones de su mente.

Su sueño fue turbado por confusas pesadillas. Vio a René Clinton cogiendo una mano de Gretha en el restaurante de la plaza Vauvan. La cabeza de la danzarina se sostenía sobre un esqueleto.

Despertó sobresaltada. Rosaura, que dormitaba en un sillón a la cabecera del lecho, le preguntó:

—¿Mejor, Estrella?

—Sí, aunque me duele un poco la cabeza.

—Has dormido doce horas sin interrupción. Yo también he descansado. Nos aguarda mucho trabajo. En la mesilla hay un bocadillo y un vaso de leche. Te confortara.

—¿Y él?

—Mejor. Tiene cinco décimas de temperatura. El doctor Gance cree que ha pasado el peligro.

—¿Le hablaste de mí?

—No me pareció oportuno. ¿Vas a ir a verle?

—No tengo más remedio. Indiqué al director que era mi prometido para que consintiese en la transfusión. Supongo que él se lo dirá, a no ser que ya lo haya hecho.

Comió con apetito. Se encontraba de nuevo fuerte.

Refrescó sus pulsos y sus sienes en un lavabo adosado a la pared y, con espíritu de lucha, tras sonreír a Rosaura, salió al pasillo. Luego de una leve vacilación sobre si visitar a Gance o a Clinton, se decidió por el segundo. Cuanto antes afrontara la enojosa escena, mejor para los dos.

El, sonriendo, la vio llegar. Estrella se preguntó cómo era posible que en los ojos serenos del que fue su prometido se ocultara la hipocresía y la maldad. Juzgó improcedente comportarse con altivez.

—Hola, René. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, gracias a ti. Ya me ha contado el doctor que sin tu sangre hubiera muerto. ¿Por qué lo hiciste?

—Me ofrecí sin saber quién eras.

—No. Te lo prohibieron, accediendo a tus reiteradas súplicas al

reconocerme. Si se ha amado, siempre queda en el alma una leve brasa, capaz de convertirse en ardiente llama.

Ella se burló, aun doliéndole sus palabras:

—¡No te pongas sentimental! Cualquiera, al oírte, diría que va a iniciarse el idilio de la enfermera y el oficial herido. Se compaginan mal tus frases con tu comportamiento. ¿Recuerdas a Gretha?

—Esa mujer no significa nada para mí. ¿Te vas?

—Sí. Hay hombres que sufren y me necesitan.

—Dame zumo de limón. Tengo los labios resecos. ¡Y pensar que dices odiarme, luego de haberme dado tu propia sangre! ¿Tanto te dolió que no acudiese a Notre Dame? ¿Por qué me acusaste de la muerte de tu padre?

—¡Tú le mataste! Os vimos en el restaurante de la plaza Vauvan...

Se alejó, sin aguardar respuesta. Clinton comprendió. Estrella supuso que el faltar a la ceremonia había sido un pretexto y que Marguerithe Dupont era su...

Fue a llamarla, pero ya la joven abandonaba la sala. Disponía de tiempo para aclarar el equívoco.

CAPITULO IX

España, país neutral, fue refugio de extranjeros de toda condición, especialmente de alemanes, ingleses y franceses, que en los principales hoteles aparentaban ignorarse con una frialdad puramente diplomática. Sin embargo, se observaban con recelo. En Europa se había puesto de moda el espionaje.

En Madrid, Marguerithe Dupont, vigilada por el Deuxième Bureau, frecuentaba los salones del Ritz y del palace, acompañada de altos funcionarios de Embajadas y Legaciones. Su belleza, que resistía el paso de los años, impresionaba a los que la contemplaban por vez primera, con sus grandes ojos rasgados, levemente oblicuos y el óvalo perfecto de su rostro.

La capital de España, ciudad cosmopolita por excelencia, brindaba a sus inquietudes maravilloso campo.

Una tarde, como tantas otras, había abandonado el hotel dispuesta a dar un largo paseo por la Castellana, cuando un hombre, correctamente vestido, se le acercó:

—Deseo hablarle, señorita. Me envía el comandante Ladoux. ¿Quiere subir a mi coche?

Gretha accedió. Quizá de aquel diálogo surgiera la verdad de su situación a cada momento más comprometida.

En el asiento posterior de un «Ford» último modelo la danzarina se encaró con su interlocutor.

—Usted dirá. ¿Se sonríe?

—Sí. Me sorprende que una mujer de su inteligencia no haya pensado en una posible trampa. ¿Qué le ocurriría si la enviásemos a Alemania?

—Nada de particular. Tengo allí buenos amigos, como en todos los lugares del mundo.

El individuo la miró fijamente. Se hallaban solos en el automóvil.

—El diplomático que la acompañaba anoche conoce el emplazamiento de los principales aeródromos germanos, Necesitamos ese plano.

—¿No era usted agente alemán? ¿Forma parte de la prueba de Ladoux?

—Tal vez. No olvide mis indicaciones. Puede bajar. ¿Qué hace? No comprendo que...

Gretha le encañonaba con una pistola que había sacado de su bolso de mano.

—¡Cállese! ¡Enséñeme sus documentos! ¡No vacilaré en disparar!

Los ojos de la bailarina centelleaban de mal reprimida cólera. El hombre, comprendiendo lo peligroso de su situación, entregó un ancho carnet a su interlocutora, que, apenas leyó el nombre, se lo devolvió:

—Gracias. Ahora ya podemos darnos la mano. En el expreso Bruselas-París mataron a un alemán que me vigilaba. Se llamaba como usted: Kurt Scharch. El pasaporte quedó en manos de Clinton. ¿Cómo es que está en su poder?

—Me lo dio René, del Deuxième Bureau.

—El, un espía.

—Sí. Celebro que lo ignorase. Ladoux me ha encargado que no la pierda de vista.

—Voy a rogarle lo contrario. En España me considero segura. No diría lo mismo si se tratase de Alemania. Aún poro, pese al pasaporte, con quién hablo. No se mezcle mis asuntos. Sé lo que me corresponde hacer.

Giró la manivela, abriendo la puerta del coche.

—Espere. No olvide esos planos. Son de vital importancia.

Gretha no replicó. El instinto le gritaba que no debía irse. No obstante... Le interesaba la revelación que acababa de hacerle al desconocido. Si fuera cierto lo de los aeródromos germanos, probaría a Ladoux su sinceridad, obteniendo unos cientos de miles de francos.

Regresó al hotel. Un botones le entregó una, tarjeta.

—Me la dio para usted el barón Schoenberg.

—Gracias. —Leyó: «¿Tendría inconveniente en cenar conmigo esta noche? La espero».

Sentada en uno de los salones y bebiendo a pequeños sorbos una taza de té, dejó transcurrir el tiempo. A la hora indicada penetró en el comedor. Un austríaco salió a recibirla. Era alto y delgado, de facciones angulosas.

—Temí no volver a verla. Parto mañana para mi país y quise despedirme de usted. ¿Es cierto lo que me han dicho?

—Según a lo que se refiera.

—A su próxima marcha a París. ¿Tan buenas relaciones que tiene con nuestros enemigos?

—Para mí, todos son amigos. Mi patria es Holanda, país neutral. ¿Por

quién supo la noticia?

—Por el agregado comercial de la Embajada. Ignoro por qué procedimiento se habrá enterado él. Sentémonos.

Se acomodaron en uno de los rincones del gran comedor, decorado con lujo extraordinario.

—¿Qué le parecería si cenáramos en mi habitación, Gretha? Aquí está uno como en un escaparate. Me agrada la intimidad. Es nuestra última entrevista.

—Encantada. Voy a mi cuarto.

Se separó del austríaco, y ya en su alcoba del segundo piso sacó una sortija de un estuche de joyas, una verdadera obra de arte que adquirió en Java. Representaba una serpiente y la cabeza era una enorme esmeralda, que giraba a una leve presión, dejando al descubierto un pequeño depósito en el que había unos polvos somníferos. Se la puso y, arreglándose el cabello, dejó que transcurrieran unos minutos antes de dirigirse al departamento de Schoenberg, en el que entró. Un sirviente preparaba el mantel.

—Pase al gabinete. Charlaremos mientras terminan de disponerlo todo. He pedido un menú exquisito a base de...

—No siga —le interrumpió Gretha—. A las bailarinas no nos están permitidos los excesos gastronómicos. En atención a usted haré honor a las viandas.

Schoenberg sirvió una copa de borgoña a Gretha, diciéndole:

—Pronto cambiará de nombre, formando parte de las bodegas germanas. ¿No desea la victoria de Alemania?

—Ambiciono el triunfo de la paz. El mundo se preocupa más de la guerra que de mis bailes: Por eso la odio.

Conversaron de temas diversos, refiriéndose por último a la proverbial hidalguía española, a lo magnífico de su clima y a lo maravilloso de sus paisajes.

—Lástima que tengamos que abandonar el país —comentó el austríaco.

—Me parece precipitado ese plural que emplea. Por ahora no pienso irme de Madrid. ¿Se sonríe?

—Recordaba un hecho. ¿Vamos? Deben haber servido los entremeses.

Gretha, acometida de un triste presentimiento, aceptó la invitación de Schoenberg, y, acomodándose frente a la mesa, en la que no faltaba el adorno de las flores, dijo:

—Hábleme de cosas gratas. Hasta los postres no pienso rogarle que satisfaga mi curiosidad narrándome esa historia.

Invirtieron una hora en la cena. Gretha, con sus agudas observaciones, puso de manifiesto una inteligencia superior a la del austríaco, que ingería grandes vasos de vino. Una vez que el camarero retiró platos y cubiertos, dejando una botella de coñac y dos tazas de café, Gretha pidió:

—Cuénteme lo que provocó su buen humor. Debe ser divertido.

—No mucho. Pensaba en Edith Cavell, fusilada en Bélgica por espía al servicio de los ingleses. Se acobardó ante el pelotón y murió como una pobre mujer. No hizo honor a su fama. ¿Cómo se comportaría usted en un caso semejante?

El rostro de Gretha no acusó emoción. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Nunca creí que me quisiera tan mal, Schoenberg. ¿Qué le he hecho para merecer su odio?

El austríaco bebió de un sorbo una copa de licor.

—No me ha comprendido bien, Gretha. Pretendía darle a entender que su vida corre peligro. El espionaje es, más que un problema político, una cuestión de prestigio. Quizá no favorezca mi carrera advertirla, pero jamás me perdonaría que pudiese ocurrirle algo por mi culpa.

—Explíquese mejor.

—¡No salga de España! El Deuxième Bureau ha transmitido la orden de su traslado a París. La Embajada interceptó el mensaje. Hay dos posibilidades. Si pertenece al Servicio Secreto alemán, no es improbable que, juzgándola peligrosa, quieran eliminarla mediante una denuncia al enemigo. La otra hipótesis es, por lo sencilla, más probable. Los franceses saben de la existencia de H-21. Si consiguen demostrar que esa espía no es otra sino usted, la ejecutarán. ¡La amo, Gretha! ¡No quiero que la maten! ¡Espere a que tomemos París, lo que no tardará en suceder!

El austríaco, perdida su máscara de frialdad, se puso en pie, acercándose a Gretha. Sus labios se posaron en la nuca de la mujer.

—¿Da eso se reía, Schoenberg?

—No. Me burlaba de mí mismo. Siempre consideré necios a los que ofrendaban honores y fortunas a una pasión. Si refiere mis palabras a sus amigos germanos me fusilarán por traidor.

—No lo haré. ¿Milita en el espionaje de su patria?

—En guerra, los diplomáticos hacemos un poco de todo.

Schoenberg, con dedos nerviosos, acarició la garganta de la bailarina, que se puso en pie.

—¿Es usted sincero?

—¿Necesita más pruebas de mi cariño? Mañana salgo para Alemania y quizá no volvamos a vernos.

El austríaco, llenando una copa de coñac, se apartó de la mujer, sentándose en un amplio diván. Gretha se recostó en la mesa, frente a él, ocultando la mano derecha detrás de su cuerpo. Al tacto, buscó su pequeño vaso tallado, e hizo girar la esmeralda de la sortija. El narcótico se mezcló con el licor.

Se acercó a Schoenberg, sentándose junto a él.

—Permítame que beba en su copa. Nunca olvidaré lo que acaba de decirme.

El diplomático, deseando corresponder a lo que estimaba rasgo amistoso, levantándose, tomó el vaso de Gretha yapuró su contenido. Ella,

incorporándose, le abrazó.

—Sentémonos de nuevo.

El somnífero tardaría unos minutos en hacer efecto. Los enigmáticos ojos de la mujer clavábanse en los del austríaco, que comenzaban a cerrarse. Schoenberg debió darse cuenta de que había caído en una trampa, y con torpeza, llevó su mano al bolsillo posterior del pantalón, cual si intentara empuñar un arma.

—¡Maldita!

Gretha se reprochó, tarde, habar dejado su automática en su habitación. Siguió con angustia los movimientos del diplomático, que no pudo asir su pistola. Su cabeza cayó pesadamente sobre uno de sus hombros.

Convencida de la total inconsciencia de Schoenberg, cerró la puerta, pasando a la alcoba del austríaco. Las maletas ya estaban dispuestas para el viaje.

Con un manojo de llaves que quitó a su víctima, fue abriéndolas. El registro duró más de tres horas. Al fin, la danzarina no pudo contener una exclamación de júbilo, al encontrar un libro ilustrado de botánica. Había láminas a pluma de hojas de árboles, en las que destacaban puntos en tinta roja. Oyó hablar muchas veces de los ingeniosos procedimientos utilizados para trasladar de un país a otro datos militares. Aquellos dibujos serían fácilmente interpretados por el comandante Ladoux.

Regresó a su cuarto, portando el valioso hallazgo. Si le ordenaban regresar a Francia, llevaría un documento capaz de granjearle la confianza de Ladoux y un cheque en blanco.

Mientras apresuradamente preparaba sus baúles, pensó con agrado que el porvenir se le ofrecía de nuevo venturoso.

Su conciencia no le reprochaba haber correspondido con una deslealtad al amor del diplomático. Su credo espiritual era, como tantas veces manifestara, un canto a la vida, al placer, al lujo...

Sonó el timbre del teléfono. Descolgó el auricular. Una voz de mujer dijo:

—Hace unos minutos me dieron un recado para usted —¡Hable!

—Su amigo B. la espera en el sitio de costumbre. No falte.

¡Era cierto el aviso del austríaco! El Deuxième Bureau le estaba leyendo la mente.

Terminó de arreglar el equipaje y descendió al vestíbulo, entregando las llaves de sus habitaciones al maitre.

—Prepáreme la cuenta. Que los mozos lleven mis maletas a un taxi.

—¿Se marcha madame de España?

—Salgo para París. Un asunto de familia.

Treinta minutos después, en un vehículo de alquiler, se dirigía a una fonda de ínfima clase. Rogó al chófer:

—Aguárdeme. No tardaré en bajar

El sereno le abrió el portal de la casa, agradeciendo la espléndida propina.

—La pensión que busca está en el primer piso.

Gretha subió unos tramos de escalera, pulsando repetidamente el timbre de una puerta, que una sirvienta abrió.

—¿El señor Bouillon?

—El segundo cuarto de la derecha.

Siguió las instrucciones de la criada y se detuvo en el lugar indicado. Un hombre salió a su encuentro.

—Hola, Gretha. No tardó en venir.

—Sirvo a los que me pagan.

Entró en un dormitorio modestamente amueblado.

—Síntese. Comprenderá que la he avisado para algo de interés.

—Lo suponía.

—Ha de volver a París. Tal vez le encarguen un asunto de importancia.

Al parecer, se trata de que vaya a Berlín. ¿No le asusta?

—No. El espionaje no es un juego de chiquillos. No soy yo de las que se acobardan. ¿Cómo he de realizar el viaje?

—Queda a elección suya. Sugiero el ferrocarril.

—No es prudente. Dentro de unas horas, el Servicio Secreto alemán intentará apresarme. ¿Pertenecía al Deuxième Bureau el que me abordó esta tarde?

—Sí. ¿Obtuvo lo que le pidió?

—No acostumbro a fracasar.

Bouillon no pudo reprimir un gesto de sorpresa. —¡Enhorabuena! Démelo.

Gretha, sonriendo, se negó a lo que el miembro del Deuxième Bureau solicitaba.

—Se lo entregaré personalmente a Ladoux, No quiero correr el riesgo de que otro se atribuya victorias que no ha conseguido. ¿No le parece?

La mujer se incorporó, con un gesto desafiante en sus pupilas. Su interlocutor, amablemente, la invitó de nuevo a sentarse.

—Razonemos. ¿De qué forma se valió para conseguir tales documentos?

Gretha contó la treta del somnífero, terminando:

—El barón Schoenberg no descansará hasta encontrarme. Será conveniente que utilice un automóvil y que me escolte un hombre de confianza.

—¿No se le ocurre una idea? Cabe la posibilidad de que el austríaco o sus agentes la localicen. Entonces Ladoux sospechará una doble jugada. Arrebató los planos a Schoenberg para ganar su confianza y se puso de acuerdo con él para reintegrárselos. La noticia de su buen servicio, si accede a lo que le dije, irá por telégrafo. Es necio que se exponga a estropear su trabajo. Si insiste en llevarlos personalmente, allá usted. Declino responsabilidades.

Bouillon hizo una pausa, para continuar:

—Razonando de superior a inferior, la noticia de la existencia de esos papeles se la facilité yo. A mi debe, por tanto, responder de su éxito o de su fracaso. No obstante, prefiero que elija su destino.

Sin ofrecer a la danzarina, encendió un cigarrillo turco. Gretha, tras una breve vacilación, reconoció:

—Me ha convencido.

Volviéndose de espaldas al del Deuxième Bureau, se alzó la falda y extrajo de entre su ropa interior el tratado de botánica.

—Cumpla lo que ha prometido.

—Tenga la certeza. Su gesto me reafirma la opinión que formé siempre de usted.

—¿Cuál es?

—Muy lista, quizá demasiado... Escúcheme. Vaya con un taxi y su equipaje al kilómetro cinco de la carretera de Francia. La recogerá un coche guiado por uno de mis agentes. En él se trasladará a París... ¿Lleva el pasaporte en regla?

—Sí. ¿Qué le sucede? Parece como si no se atreviera a decirme algo.

—No se equivoca. Me ha impresionado su belleza. Escúcheme. Cumpla mi deber al transmitirle, una orden del Deuxième Bureau. Él la manda regresar a Francia. Es libre de obedecerle o no.

—Hable más claro —rogó la danzarina.

—No me es posible. Ha sido una satisfacción el haberla conocido.

La frase equivalía a una despedida. Gretha, comprendiéndolo, se levantó.

—Adiós, Bouillon. A usted y a quienes se interesan por mi vida les demostraré lo incierto de sus fúnebres presagios. Cuando termine la guerra tendré mucho gusto en recibirle.

Salió con el rostro erguido y una sonrisa de triunfo s los labios. El portal estaba abierto y el sereno abrió a portezuela del automóvil. Ella fue a darle dinero, mas el vigilante nocturno se lo impidió.

—No, señorita. Antes le presté un servicio en el que s costumbre recibir dádivas. Ahora rindo un homenaje a su hermosura.

Se inclinó, alejándose. Gretha observó que el chofer la miraba también por el espejo retrovisor, y, halagada, habló:

—A la carretera de Francia, al kilómetro cinco.

Se recostó en el asiento. ¿Por qué la aconsejaban no ir a París? ¿Es que allí la esperaba la muerte? ¡Imposible! ¡El comandante Ladoux la defendería de falsas acusaciones!

Nada la obligaba a arriesgarse. Una orden al conductor variaría el curso de su vida. Schoenberg marchaba a Alemania y las autoridades españolas velaban por la vida de los súbditos extranjeros.

Se estremeció ante la posibilidad de enfrentarse con un pelotón de fusilamiento. ¡No! Se dejaba vencer por un pánico absurdo.

Recordó los mensajes recibidos en Berlín en el sentido de que no fuese

a Francia. Nada le ocurrió. Ahora sucedería lo mismo.

Vencido el desaliento, con fe en su porvenir, pensó en que de nuevo brillaría en el mundo del lujo.

—Hemos llegado —le anunció el chofer, interrumpiendo su soliloquio mental.

—Aguardaremos a un amigo. Sitúese a un lado de la carretera.

Transcurrieron lentos los minutos. A Gretha le era penoso abandonar España. Siempre recordaría la paz de que disfrutó durante su estancia en el país.

Varios automóviles cruzaron, perforando la noche con la luz de los faros. Uno se detuvo y de él saltó el mismo individuo que la abordó a la salida del hotel para comunicarle que Schoenberg se hallaba en posesión de los documentos relativos a los aeródromos alemanes.

—Pague al conductor. Yo me ocuparé de trasladar su equipaje. Me es muy grato verla otra vez. ¿Se disiparon sus dudas?

—Por completo.

Gretha hizo lo que el agente del Deuxième Bureau le indicaba. Poco después, en el potente «Ford», avanzaban cara a la aventura.

—Intente dormir —dijo el hombre.

—Gracias, pero no podría. Pronto amanecerá y contemplaré por última vez los maravillosos paisajes de esta tierra. ¿Conoce a René Clinton?

—Mucho. Hicimos juntos un peligroso servicio en Austria. Es un gran camarada. ¿Le trató usted?

—Sí. Somos grandes amigos. ¿Qué es de él?

—Lo ignoro, aunque no es improbable que haya muerto. Le encargan las más difíciles misiones. Posee inteligencia, audacia y valor, tres cualidades inapreciables en un espía.

Callaron. Las sombras comenzaron a aclararse. La noche era vencida por el crepúsculo.

CAPITULO X

A los ocho días de su estancia en el hospital de sangre de Montmirail, Clinton fue autorizado por el médico a levantarse.

—Puede pasear por el jardín.

Las palabras del doctor Gance llenaron de júbilo a Rene. Ahora le sería imposible a Estrella rehuir una entrevista definitiva. La enfermera, tras solicitar el traslado a la planta baja del hospital, procuraba evitarle.

No sin dificultades se vistió, cambiando bromas con los compañeros de la sala, que, menos afortunados, se veían en la obligación de guardar cama.

—Pronto nos abandonarás —dijo un teniente, herido en el vientre—. No sé si envidiarte. Aunque el interés de la patria es superior a la propia comodidad, lo cierto es que lejos de las trincheras, con ropa limpia y buena comida, no se pasa del todo mal. Te incorporarán a tu unidad. Hacen falta oficiales. Los «boches» continúan acercándose a París.

—No le hagas caso, Rene. Bromea —intervino un alférez, recién salido de la Academia—. Anoche se lamentaba de no estar en condiciones de enfrentarse a los alemanes. Le han propuesto para la medalla del Mérito.

—Lo sabía. ¿Queréis algo?

—Gracias. Preferimos que nos sirvan las enfermeras. Son guapas chicas, aunque no tanto como Estrella. ¿No te encuentras más favorecido físicamente desde que circula parte de su sangre por tus venas? Indudablemente, eres hombre de suerte —intervino un tercero, a quien le había sido amputado el brazo derecho para cortar la gangrena.

—Yo no iría tranquilo por la calle —dijo otro, provocando las carcajadas generales—. ¡Sería gracioso ver cómo te piropeaba un coronel!

Sin perder el buen humor, René terminó de abotonarse la guerrera.

—Me marchó antes de que me confundáis con Marguerithe Dupont.

Se arrepintió de haber dicho tales palabras, que reavivaban en su corazón amargos recuerdos.

Despacio, notando leves punzadas en el costado, descendió las anchas escaleras de mármol y, cruzando el hall, desembocó en el parque, en el que los convalecientes tomaban el sol. Había también camillas empujadas por enfermeras.

Anduvo por el jardín. Una vez más, la Providencia se comportaba generosa con él. En el embudo, entre las dos líneas, no pensó en salvarse.

¿Dónde estaría Estrella?

—Se sentó frente a la puerta principal. Tal vez pasara por allí y le viera.

Desesperaba de encontrarla cuando la vio cruzar. Se dirigía, sin duda, al quirófano. Preguntó a un sanitario:

—¿Están operando ahora?

—Han terminado ya.

—Gracias.

Confiaba en que la muchacha regresaría por el mismo camino. Así sucedió. La joven se detuvo, sorprendida. Reaccionó cordialmente.

—Veo que tu curación es un hecho. Me alegro, René. —¿De veras?

—No acostumbro a mentir.

El la miró con una sonrisa.

—Lo sé. Mi duda consiste en si tu gozo es producido porque en breve vas a perderme de vista o porque me salvé.

—Por los dos motivos —repuso ella con sinceridad—. ¿Vas a concederme una cosa?

—Según lo que sea.

—No hablar del pasado. El porvenir es amargo para oscurecerle más con evocaciones que nada remedian y que sólo sirven para enconar heridas.

—Lamento no complacerte. Quiero aclarar de una vez y para siempre mi posición.

—Es inútil. Es difícil que olvidé lo que vi.

Estrella hizo ademán de alejarse, pero Clinton la cogió del brazo, impidiéndoselo.

—Has de oírme, a no ser que quieras provocar un escándalo. Después haz lo que se te antoje.

La muchacha le miró airada.

—No es así como proceden los hombres de honor. Temo que me hayas confundido con Gretha. Procura ser breve.

René enrojeció. Sus dedos se clavaron más en la carne de la mujer.

—¡No vuelvas a pronunciar ese nombre! Trae desgracia. Tuvo razón al referirse a su maleficio. Sentémonos.

Procuraré ser breve. Si una vez que sepas la verdad prefieres que todo termine, no seré yo quien me oponga.

Con frases emocionadas, Clinton relató a Estrella su aventura con el teniente Roland y el motivo por el que combatía en primera línea como un soldado más.

—Agentes derrotistas se han mezclado en nuestras filas para minar la moral de los que luchan. Se habla de paz no como fruto del triunfo, sino a cualquier costa.

Continuó refiriendo a la joven su retraso de unos minutos y su encuentro con la bailarina.

—Seguí neciamente su consejo. Me acobardaba enfrentarme con los tuyos. Hice mal. Voy a revelarte algo que ignoras. El Deuxième Bureau sospechó y sospecha que Gretha es un agente al servicio de los alemanes. Yo era el hombre encargado de vigilarla. Fingí estar enamorado de ella. A veces, en el obligado galanteo, me dejé sugerir por su belleza. Dudé. No hubo nada entre nosotros dos. ¡Te lo juro!

—Gracias por tu explicación, René, pero no puedo creerle. Ella, después de un breve viaje a España, acaba de regresar a París. Si el Gobierno la creyera traidora no le permitiría tales desplazamientos. Existen

consejos de guerra.

—¡Es cierto!

—No te esfuerces. ¿Terminaste ya?

—Sí —asintió él con desaliento.

—Entonces me voy. Mis heridos me reclaman.

Se puso en pie. René la retuvo, cogiéndola de una mano.

—¿Amigos al menos? ¿No me guardas rencor?

—No. ¡Si vieras lo que daría porque pudieras probarme que tu asiduidad con Gretha encerraba sólo el cumplimiento de un deber!

Se alejó, pugnando por ocultar la emoción que la embargaba. Clinton inclinó la cabeza, apesadumbrado.

Se dirigió a la biblioteca, deseando enterarse de la marcha de los acontecimientos bélicos.

CAPITULO XI

La ambulancia dobló a toda velocidad la esquina de la rué des Pyramides con la avenida de la Opera, deteniéndose en un lugar sembrado de escombros. El proyectil había destrozado la fachada de una casa, matando a tres personas e hiriendo a una. En torno al lugar del hecho amontonábanse los curiosos, a los que hubo de dispersar la policía.

Una mujer se alejó despacio, obligada por los gendarmes. Un hombre, correctamente ataviado a la europea, la saludó:

—¡Buenos días, Gretha!

—¡Marlow! Te imaginaba en Moscú.

—He huido de allí antes de que me ejecuten en una purga política.

—No creí tan grave tu situación.

—Lo es. De ahora en adelante seré un desterrado. Pero... ¡dejemos aparte las cuestiones desagradables! Aún no te he dicho que estás preciosa.

Ella sonrió con femenina coquetería.

—Gracias, Marlow.

—Te admiro. ¡Como Gretha, ninguna! Entremos en ese café. Tengo muchas cosas que preguntarte; entre ellas, qué piensas hacer esta noche. Me gustaría ir a Champs Elysées, el teatro de tus grandes triunfos. ¿Qué te parece mi idea?

—Magnífica.

—Hay otra mejor. Pasemos juntos lo que resta del día.

—Imposible. He de hacer una importante visita. Me hospedo en el hotel del Sena. Ve a buscarme alrededor de las nueve.

Conversaron de lo que para la danzarina pertenecía ya al pasado, de sus éxitos como artista, de un París que agonizaba ante el para todos inevitable derrumbamiento de las tropas abadas. La población huía al Sur.

Gretha, levantándose, dio por terminada la conversación.

—Lo siento, Marlow. ¿Hasta la noche?

—No faltaré, Gretha.

La mujer abandonó el establecimiento y se dirigió a la oficina del comandante Ladoux, quien, al verla, se incorporó.

—No se ha retrasado. Es la puntualidad una de las virtudes que más admiro, aunque unos cientos de miles de francos son cosa despreciable. Aquí tengo preparado su cheque. El Deuxième Bureau paga siempre.

La ambigüedad de la última frase sorprendió a la mujer.

—¿Es una amenaza?

—No. Una afirmación.

Hubo un largo silencio. Gretha, acomodándose en una de las sillas, dijo:

—¿Es posible que aún desconfíe de mí? ¿Qué necesita para tener la certeza de mi fidelidad?

—Ver su alma o transformarla a usted. Tómese unos días de descanso. Ya recibirá mis noticias.

Gretha comprendió que Ladoux la despedía, pero no hizo ademán de marcharse. Precisaba seducir al militar. Su orgullo se sublevaba ante la frialdad del miembro del Deuxième Bureau. Además, le interesaba contar con el para un apuro.

—¿Le estorbo? —preguntó con una sonrisa.

—Sí. En el vestíbulo esperan visitas. Adiós.

La mujer, esforzándose en dominar su cólera, abandonó el despacho. Una vez que hubo hecho efectivo el talón se sintió más alegre. Aquellos francos iban a permitirle de nuevo la vida fastuosa a que se hallaba acostumbrada.

En una casa, de modas compró un elegante modelo de traje de noche. ¡Quería deslumbrar a Marlow!

Lo consiguió. El ruso, en el palco del Camps Elysées, no pudo evitar una frase admirativa.

—¡Deliciosa, Gretha! ¡Jamás conocí a nadie que me interesara como tú!

Una vez finalizado el espectáculo entraron en el Casino de París. Por dos veces creyó Gretha que un hombre les seguía.

Bebieron champán. La conversación era brillante salpicada de rasgos de humorismo. Marlow, algo mareado por las continuas libaciones, brindó en alta voz por la paz del mundo. Un capitán que, con los ojos chispeantes de mal reprimida ira, les miraba desde una de las mesas de los rincones, se levantó, derribando la copa del ruso de un manotazo.

—No puede haber paz mientras los nazis no sean eliminados.

En la gran sala del Casino se hizo el silencio. Todos auguraban una violenta escena, que impidió Gretha, abrazándose al oficial.

—¡René! ¡Qué gozo verte!

—Aparta. Siento que sea amigo tuyo. He de hacerle comer esas palabras.

Ella se interpuso.

—¡Marlow...! ¡Querido...! Hace unos minutos ambicionabas ser mi esclavo. ¿Vas a negarme lo que te pida?

El aludido vaciló.

—Este es un pleito de honor, Gretha.

—El capitán Clinton no quiso ofenderte. No tiene inconveniente en estrechar tu mano. ¿No es así, René?

—Si tú me lo pides... Siéntese con nosotros. ¡Camarero! Otra botella. Les acompañaré sólo unos minutos. He de retirarme a descansar. Convalezco de una herida grave.

—¡Qué extraño! —comentó Gretha, sin poder contraerse.

—¿Por qué?

—No la sentí. Nunca te lo dije, pero junto al Somme experimenté en mi carne el dolor de la bala que se clavaba en tu cuerpo. Entonces creí en la

identidad de destinos. Esta vez no ha sucedido.

—Será que declina tu influencia. Gretha.

—Te equivocas. ¿Por mucho tiempo en París?

—Dos semanas. He de incorporarme a mi unidad.

Se generalizó la charla.

—¿Bailamos, René?

El aludido accedió. Ya en la pista, interrogó a Gretha: —¿Qué es lo que querías decirme?

—Que somos camaradas en el Deuxième Bureau. Trabajo para Ladoux.

Si esperaba sorpresa en Clinton, se equivocó.

—Lo sabía. Salí del despacho del comandante para que entraras tú. No sé si felicitarte.

—Puedes y debes hacerlo. ¿No te seduce la idea de que podamos realizar juntos alguna misión?

—No me gusta trabajar con mujeres.

No hablaron más hasta que regresaron a la mesa. El rostro de Marlow se había ensombrecido. Se iluminó al oír a René:

—Les dejo. Nos veremos en otra ocasión.

Con una leve reverencia se apartó de Gretha y del ruso. La mujer suspiró.

—¿Enamorada de él?

—No. Es una vieja amistad que se inició en el expreso de Bruselas-París. Lléname la copa. Brindaremos por el porvenir.

A partir de aquel instante, Gretha, como si quisiera aturdirse, rió con el menor pretexto, bebiendo repetidas veces. A las cuatro de la mañana, Marlow la acompañó al hotel.

—¿Subo contigo? —inquirió con ansiedad.

—No. Ven. mañana a buscarme. Deseo dormir. ¿Me perdonas?

El, galante, la besó en la mano, viéndola desaparecer en uno de los ascensores.

Gretha cayó rendida en el lecho y despertó muy entrado el día. Apenas se hubo puesto en pie y cubierto su cuerpo con un primoroso salto de cama, llamaron a la puerta.

Abrió con un mohín de contrariedad. Dos hombres la miraban con curiosidad. Uno inquirió:

—¿Es usted Marguerithe Dupont?

—Sí.

—Dispóngase a acompañarnos. Queda detenida en nombre de la ley.

Las rutinarias palabras adquirieron trágicos ecos en los oídos de la mujer.

—¿De qué se me acusa?

—No puedo decírselo.

Tras unos segundos de vacilación, ella, sin perder la serenidad, autorizó:

—Entren. No tardaré en vestirme.

El que había hablado registró las habitaciones, convenciéndose de la imposibilidad de una huida, y, encendiendo un cigarrillo, repuso:

—No nos importa aguardar.

CAPITULO XII

—Marguerithe Dupont, se le acusa de complicidad con el enemigo y de haberle proporcionado datos de interés militar, ¿Tiene algo que alegar?

La aludida miró al fiscal, y después a los demás miembros del jurado. Su abogado, Eduardo Clunet, la animó con una sonrisa.

—Sí. Llevan tres días interrogándome. Lo que voy a decir nada tiene que ver con la bondad, a la que imploré al iniciarse el proceso. Son ustedes un grupo de estatuas. Me regocija la idea de que tal vez tuvieran dictada la sentencia antes de iniciarse la causa.

El presidente la interrumpió con severidad.

—¡Repórtese!

—Si me consideran traidora a Francia, ¿cómo aceptaron mi ingreso en el Deuxième Bureau? ¿Por qué consideraron como buenos los planos sobre el emplazamiento de los aeródromos alemanes que, con riesgo de mi vida, obtuve en Madrid? ¿Por qué no me detuvieron nada más atravesar la frontera?

Las tres preguntas quedaron sin respuesta. Gretha, fulminando con su mirada al teniente coronel Sompru, la más alta autoridad en el consejo de guerra, prosiguió:

—El razonamiento del señor fiscal me hizo reír ayer. Si proporcioné informes del enemigo era porque estaba en convivencia con él. ¿Cómo actúan los miembros del espionaje? Ustedes lo sabrán mejor que yo si es que han tenido valor para ingresar en el Servicio Secreto. Sé que les decepciono. Esperarían hallar a una mujer gimoteante, o a la cortesana que, mostrando sus hombros desnudos, iba a intentar una sentencia menos grave. No les daré esa satisfacción. Me acusan de ser amiga de holandeses y alemanes. ¿Olvidan que hablé también con un francés, el comandante Ladoux? Los primeros fueron mis amantes, y las sumas que ellos me entregaban eran el precio a mis favores. Han desfilado por la sala oficiales franceses, entre ellos René Clinton, Todos han jurado por su honor, que vale tanto como el de ustedes, que jamás intenté averiguar el emplazamiento de las fortificaciones costeras francesas. Aseguraron, y es cierto, que eludí referirme a la guerra. Mi abogado lo ha dicho. Mientras él hablaba, yo les observaba a ustedes. Hubo un instante en que me dio la sensación de que no oían sus palabras.

—A la próxima impertinencia la expulsaremos.

—Ya no me importa. El proceso toca a su fin. Serví a Francia, y si vine a ella fue por mi libre voluntad. Nadie me obligó a abandonar España, Mi conciencia estaba tranquila. ¿Audacia? Eso queda para el señor fiscal, que ha hecho acusaciones desprovistas de fundamento. Si han estudiado mi carácter, sabrán que rendí culto a la vida. Soy extranjera y me acojo a las leyes de mi

país. Dicten ustedes el veredicto que deseen. Mi desprecio les acompañará siempre.

En pie, Gretha retó a los hombres del consejo con el gesto. El presidente dijo:

—Que vuelva a su celda. El abogado debe salir también.

Dos carceleras y una monja la condujeron al calabozo. La religiosa miró con afecto a la detenida.

—Pediré a Dios por usted.

Sola, Gretha pensó en Ladoux. Le creyó una excepción. No era así. Los que la juzgaban comportábanse con crueldad.

Transcurrió una hora larga. Sentada en su camastro, la mujer sintióse dominada por la angustia.

Incorporándose, paseó de un lado a otro.

¿Qué habría decidido el consejo de guerra?

La sangre se precipitaba a su paso por las venas. Los pulsos latían acelerados. ¡Vivir!

Consiguió serenarse en un formidable esfuerzo. Un grupo de hombres se acercaba. ¿Sus verdugos?

Oyó, sin estremecerse, una voz:

—El consejo de guerra la ha condenado a morir fusilada. La ejecución se celebrará pasado mañana al amanecer...

CAPITULO XIII

René Clinton, incorporado a la oficina central del servicio de contraespionaje, siguió con interés las gestiones oficiales para el indulto de Gretha. El público, ávido de sensacionalismo, comentaba el fallo del consejo de guerra, del que la Prensa dio una escueta noticia. El Gobierno títere holandés, mediatizado por los alemanes, iba a pedir gracia para Marguerithe Dupont.

La víspera de la ejecución, Clinton estaba seguro de que la sentencia se cumpliría.

Deseando cerciorarse de si su funesto presentimiento era o no cierto, antes de abandonar las oficinas del Deuxième Bureau se dirigió al despacho de Ladoux.

—A sus órdenes, mi comandante. ¿Me permite hacerle una pregunta?

—No es necesaria. El recurso presentado por el defensor no ha tenido éxito. Se cumplirá el veredicto. Lo siento, Clinton. Me era simpática esa mujer, aunque morirá creyendo lo contrario. Usted sabe que nos limitamos a cumplir con nuestro deber.

René asintió con una inclinación de cabeza, haciendo ademán de retirarse. Su superior le detuvo.

—Síntese. Quisiera una respuesta sincera de usted, aunque nada le obliga a ello.

Tendió un cigarrillo a Clinton, que, parsimonioso, lo encendió.

—Diga.

Ladoux tardó unos minutos en contestar. Meditaba, sin duda, la manera de no herir la susceptibilidad de René. Al fin, sonriendo, habló:

—¿Estuvo alguna vez enamorado de ella?

—No. Por eso me duele su triste suerte. Ejerció sobre mí la atracción de su belleza, pero supe vencer el instinto. ¿Sospechó el Departamento una posible convivencia con Gretha?

—Nunca dudé de su fidelidad.

—¿Cuál es su opinión sobre el veredicto?

El comandante tamborileó nervioso con los dedos de ambas manos en el tablero de la mesa.

—No creo que fuera fiel a nadie, ni a sí misma. Es difícil y aventurado hacer conjeturas. El consejo de guerra habrá sentenciado basándose en pruebas a las que no es oportuno dar publicidad. Tengo entendido que una de ellas comprometería la seguridad nacional. Le ruego olvide lo que acaba de oír. Gretha realizaba un doble juego.

—¿Me precisa esta tarde? Quisiera dedicarla a resolver un asunto personal.

—Que sea afortunado. ¿Va a casarse pronto?

—Cuando Estrella acceda. Es usted muy listo, Ladoux.

—Lo da el oficio.

René alcanzó la calle. Eran las dos de una tarde de sol.

Incapaz de dominar su impaciencia, subió a un coche tirado por dos famélicos caballos.

—Al bulevar de Saint Germain, junto a la Facultad de Medicina.

No recordaba el número de la casa de la mujer que amaba.

Durante el trayecto evocó épocas pasadas, desde su primer contacto con Gretha, en el expreso Bruselas-París, hasta el atentado del jardín de las Tullerías. ¿Por qué quisieron matarle? Tal vez los agentes del Servicio Secreto alemán le consideraron peligroso. Quizá la bailarina fuera protegida por los germanos y éstos, conocedores de su calidad de miembro del Deuxième Bureau, estimaron prudente eliminarle. La incógnita no se aclararía jamás.

Le palpitaba acelerado el corazón al subir las escaleras que separaban el portal del domicilio de Estrella Thiers. Esperó a serenarse antes de pulsar el timbre. A los pocos segundos, la puerta se abrió. La madre de su prometida le preguntó ásperamente:

—¿Qué desea?

—Ver a su hija.

—No está. Salió ayer a un hospital de primera línea.

La señora quiso cerrar, pero Clinton, que estaba decidido a no marcharse sin hablar con la muchacha, lo impidió con el pie.

—Lamento insistir. Sé que vino con permiso hace una semana. Dígale que salga. Su felicidad y la mía valen más que la obstinación de usted.

La interpelada dudó unos segundos.

—Entre, aunque va a perder el tiempo. Estrella no puede olvidar a su padre.

En el hall aguardó a la joven, que no tardó en presentarse.

—Hola, Rene. ¿Qué le has dicho a mamá que está tan enfadada contigo?

—Insistí en que te avisara. ¿No me invitas a que me siente?

—No. Pensaba ir al bosque de Vincennes. Acompáñame. Hemos terminado de comer ahora mismo.

Por el muelle D'Austerlitz, bordeando el Sena, llegaron al puente nacional, que cruzaron camino del bulevar Poniatowski, en Bois de Vincennes.

En el largo recorrido apenas si cambiaron otras frases que las puramente corteses. Acomodados en las sillas de mimbre de un bar, en las proximidades del Velódromo Municipal, tras de pedir al camarero unas tazas de café, Clinton abordó el problema que le atormentaba.

—Soy hombre de buena memoria. En el hospital de Montmirail afirmaste que no creías en la culpabilidad de Gretha y, por tanto, en mis palabras. ¿Te queda alguna duda?

—No.

—Continúo queriéndote con toda mi alma. ¿Y tú, Estrella?

La muchacha no contestó, bajando la cabeza. René prosiguió:

—Si ahora me rechazas, consideraré frustrados nuestros sueños. Es la última oportunidad que la dicha nos brinda.

Sus palabras reflejaban angustia y tristeza. La joven miró con valentía a Clinton.

—¿No te burlarás de mí?

—No. El maleficio está a punto de desaparecer.

—¿Te refieres al fusilamiento de Gretha?

—Sí. Ella no representa para mí más que un triste recuerdo. Al enterarme de que la habían condenado a la última pena sentí, Dios me perdone, primoroso gozo; después, tristeza. Gozo, porque la prueba de mi verdad era evidente. Tristeza, por el trágico fin de esa mujer.

—¿Por qué tardaste tanto en venir a buscarme, René?

El experimentó un ramalazo de alegría.

—¿Me esperabas?

—Sí. No he podido olvidarte, no te he olvidado jamás.

La llegada del camarero impidió a Clinton estrechar entre sus brazos a la joven.

Tanta era la felicidad de los enamorados, que las horas transcurrieron rápidamente.

EPILOGO

Tres semanas más tarde del fusilamiento de Marguerithe Dupont, las fuerzas alemanas ocupaban París.

René Clinton y Estrella Thiers, ya matrimonio, fueron de los afortunados que escaparon con vida de la tumba de Dunkerke.

En un futuro aún lejano, con la paz, alcanzarían la felicidad.

El recuerdo de Gretha fue difuminándose para ambos jóvenes hasta perderse por completo.

La dama del expreso ya no era ni una sombra. Una víctima más de la guerra, que purgó su doble juego en el espionaje frente a un pelotón de fusilamiento, después de poner en peligro la felicidad de Estrella y Rene.

FIN

Notas

[←1]

Por favor, los pasaportes.

[←2]

Servicios de espionaje inglés y francés.

[←3]

Bebida japonesa fabricada mediante fermentación del arroz.